This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

WIDENER
HN QU8J .

Span 5932.5.30

Harvard College
Library

FROM THE FUND OF

HARRIET J. G. DENNY

OF BOSTON

V. RUIZ AGUILERA.

ÉGLOGAS É IDILIOS REALISTAS

OTRA EDAD DE ORO.
PASTORES AL NATURAL.
LOS MAYORAZGOS.
PERCANCES DE LA VIDA.
DETRAS DE LA CRUZ EL DIABLO.
GANGAS DE LA ÉPOCA.
EPÍGRAMAS.

MADRID:

calle de Valverde, num. 16.

Sunday, 3

LA ARCADIA MODERNA.

LA ARCADIA MODERNA,

COLECCION

DE ÉGLOGAS É IDILIOS REALISTAS

Y DE EPÍGRAMAS

DE D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:
IMPRENTA DE ROJAS Y COMPAÑÍA,
calle de Valverde, núm. 16.

1867.

HARVARD COLLEGE
AUG 2 1920
LIBRARY

Denny fund

Span 5932.5.30

Esta obra es propiedad del autor, quien se reserva todos los derechos, esperando que le serán respetados más que en otras ocasiones, con motivo de algunos trabajos suyos, por los que á sabiendas tienen la mala costumbre de faltar á la ley.

LA ARCADIA MODERNA.

La poesía bucólica ó pastoril, á que pertenecen la égloga y el idilio, presentada por la antigüedad, por el Renacimiento y por la Edad moderna, en alguno de sus períodos, como espresion artística de la vida del campo constantemente serena, apacible y feliz en aquellos cuadros, formando contraste con la de las ciudades, siempre en los mismos agitada y dolorosa, existe aun en la literatura de nuestros dias, si bien con las modificaciones en su esencia y en su forma correspondientes á las que han ido esperimentando el modo de ser de los pueblos en general, las costumbres rurales en particular, y hasta el aspecto físico de la Naturaleza en que aquella poesía se inspiraba.

El silencio de la soledad campestre es hoy turbado por el silbido y el atronador resuello de la locomotora: el barreno hace temblar y derriba montañas con la esplosion de un terremoto para abrir paso al monstruo: la máquina, agente poderoso y complicado de la civilizacion, ocupa el lugar del hombre, y destierra de la choza y de la aldea los sencillos instrumentos agrícolas de nuestros antepasados; y hay naciones en que el violin, el arpa, el clarinete y aun músicas enteras (1) todo lo inundan, relegando desdeñosamente al olvido el rabel y la zampoña: la poblacion de la ciudad invade la aldea, aunque temporalmente, por temor al fastidio, y casi siempre obedeciendo unas veces á la moda, otras á prescripciones higiénicas ó terapéuticas; y en virtud de una especie de reflujo, la poblacion de la aldea invade la ciudad, sirena que la atrae de un modo irresistible, y que á menudo es elejida como punto de residencia fija; y en este movimiento vertiginoso,

(1) Con respecto á España debe citarse á Cataluña, en donde hasta en las aldeas las sociedades corales, con sus músicas, comprueban este aserto. *(N. del A.)*

en esta fiebre espansiva, en esta visible y recíproca fusion (á que en primer término, quizá, contribuyen la baratura y la rapidez de las comunicaciones), vánse borrando de la ciudad y de la aldea los rasgos verdaderos y aun los convencionales característicos, la fisonomía individual que las diferenciaba en otros tiempos.

¿Qué pastor, qué campesino contemporáneo oye la voz de las divinidades con que la mitología clásica pobló el encantado retiro de los bosques y de las aguas, siendo cada una de ellas la poética personificacion de un objeto real ó de una idea abstracta? Las driadas y hamadriadas, las potamides y meliadas, las nereidas y napeas, discurren por la cima del Parnaso como sombras de un mundo muerto, á las que el actual, que presume de piadoso, no dejará de conceder sepultura para *in eternum*. Fuentes que antaño se hallaban, segun los poetas, bajo la custodia tutelar de amables y graciosas ninfas, y que eran del dominio comun (porque, como Cervantes dice, no habia *tuyo* ni *mio*) pertenecen hoy al dominio privado, garantido con títulos de propiedad, de redaccion prosáica y curialesca, y el dueño confia su

guarda, ya á un gañan de aspecto feroz y áspero trato, provisto de escopeta, capaz de cualquier desaguisado, ya á un mastin con carlanca, pronto á lanzarse al que, sin permiso competente, pretenda invadir la finca en que el murmullo del agua y la vid cargada de racimos despierten sus apetitos. Pan no toca ya la fláuta adornada de primorosas y prolijas labores, cuyo sonido ablandaba los duros peñascos; y por lo que respecta al pellico pastoril y al proverbial cayado, lleno de curiosos dibujos hechos por hábil mano, en muchas partes han tenido que ceder á la cachiporra tosca de vulgar encina, y á la chaqueta con que tambien cubre su cuerpo el artesano de los grandes centros.

Acabáronse los dias del *Cantar de los cantares*,

Mi alma se ha empleado
Y todo mi caudal en su servicio:
Ya no guardo ganado,
Ni tengo ya otro oficio,
Que ya sólo en amar es mi ejercicio (1);

y aquellos otros en que las selvas resonaban

(1) San Juan de la Cruz. *La noche escura.*

con el acento del cisne de Mántua, cuyo eco ha llegado á nosotros y ha de trasmitirse á la más remota posteridad:

Ipse te, Tityre, pinus,
Ipsi te fontes, ipsa hæc arbusta vocabant (1).
¡Oh Tityro, los pinos,
estas fuentes y arbustos te llamaban!

Pasó la Edad de oro y vivimos en una en que precisamente, si no todo, mucho anda al revés que en la antigua.

¿Carecerá, por ventura, del sentimiento de la Naturaleza nuestro siglo?... No por cierto, si bien es innegable que la influencia del culto grosero que las generaciones actuales rinden á la materia, se refleja, como no podia ménos de suceder, en el arte y en la literatura, salvas las escepciones que deben hacerse en favor de algunos espíritus privilegiados, en cuyas obras resplandece el ideal de la Naturaleza comprendida bajo un nuevo y superior concepto al que se notaba en la antigua bucólica, modelo (sobre todo en la parte descriptiva) y con mayor moti-

(1) Virgilio. Égloga I.

vo en la pseudo-clásica, la cual nunca ha respondido á las verdaderas interpretaciones que el arte exije, y aun se entretiene lastimosamente en reproducir á Virgilio, esto es, la mecánica y servil imitacion esterior de Virgilio. En una palabra, la verdadera poesía campestre moderna ha hallado, sobre la perfeccion esterna en que los clásicos sobresalieron, profundos y más ricos tesoros; ha hallado el alma, por decirlo así, de la Naturaleza, que no es ya para el verdadero poeta un simple teatro de la actividad humana, sino un mundo entero, vivo y animado, real y sustancial.

El poeta recibe con gratitud la herencia sagrada, el patrimonio que las edades que pasaron han ido acumulando durante su curso; por eso, cuando todos los hombres callan, él les consagra recuerdos melancólicos en la epopeya y en la elegía; pero el poeta, ahora como siempre, se inspira, además de los sentimientos personales, en los sentimientos, en las ideas, en las costumbres y en los intereses generosos de su época, y heraldo del porvenir, marcha delante de la columna de fuego que alumbra el camino de la humanidad.

Dicen algunos críticos, y es digno de notarse, que se ha observado constantemente el fenómeno de que los más célebres poetas bucólicos han aparecido en épocas de gran cultura de las naciones en que florecieron; y que en su consecuencia, los progresos de la civilizacion no son motivo suficiente para desterrar de la literatura el género pastoril, aludiendo sin duda al clásico-mitológico. Mosco, Bion, Teócrito y Virgilio, entre los antiguos; el arcipreste de Hita, Garcilaso, Juan de la Encina, Guarini, el Tasso, Balbuena, Gessner y Melendez en siglos posteriores, pueden servir de ejemplo; y sin embargo, basta citar estos nombres para destruir las bases de aquella observacion, cuya exactitud más que real, es aparente. En las églogas de Virgilio (la gran voz de la musa latina), modelos de elegancia y de arte, hay ya ménos candor, ménos sencillez, ménos abandono que en el *Cantar de los cantares*, incomparable égloga de la *Biblia* cristiana, y que en la bucólica griega, composiciones más inmediatas que aquellas á las edades primitivas. Compárese á Garcilaso y á Balbuena con Guarini, con Gessner y con Melendez, y se obtendrá idéntico resultado.

Pero si la poesía bucólica greco-latina ha muerto (¡Dios la perdone!), ó mejor dicho, está á punto de morir, por más que el galvanismo aplicado á la moribunda por algunos versificadores simule los fenómenos de la salud y de la vida, la poesía de la Naturaleza, la poesía del campo, es eterna é inagotable en sí misma, y sólo pide hoy, segun he manifestado, nuevas y superiores interpretaciones. Lo que pasa, lo que se agota, son las maneras de concebirla y sentirla, y así vemos suceder á los que en su época la concibieron y la sintieron mejor, los Schiller, los Goethe y los Uhland, en Alemania; los Southey y los Burns, en el Reino-Unido de la Gran Bretaña; Leopardi, en Italia; Vigny, en Francia, etc. ¿Quién lee ya á los modernos representantes de la bucólica clasicista? ¿Qué interés inspiran los idilios de Martinez de la Rosa hoy, esto es, cuando su tumba apénas acaba de cerrarse? ¿Cómo pudo Melendez, cuyo *Batilo* tantas bellezas tiene, componer, sin violentarse ni conocer lo fútil del asunto, veintiocho odas á la palomita de Fílis? ¿A quién no aflijen las simples anacreónticas de Lista, ilustres varones todos ellos, dignos, por otros

títulos y producciones poéticas, de alto renombre? ¡Qué palidez, qué melosidad, qué empalagosa y afeminada ficcion de sentimientos! ¡Qué idea tan errónea de los afectos no ha echado de ver la crítica racional de nuestros dias, en muchas obras artificiales que por monumentos de gloria se estimaban!

En general, la bucólica del siglo XVIII y comienzo del presente, era falsa, ridícula y pueril: el romanticismo vino á darle el golpe de gracia con su piqueta revolucionaria. Sin embargo, posteriormente, y concretándonos á España, se ha pretendido resucitarla, suprimiendo los nombres y el guardaropa clásico-mitológicos y bautizando á las Amarilis y Amintas, á los Salicios y Nemorosos, de orígen pagano, con nombres más católicos, digámoslo así: las Antonias y las Marujas, los Bartolos y los Pepes, las Robustianas y los Toribios, habitantes del campo, y segun es de suponer, llenos de una virginidad, de una inocencia, de una terneza y de una dulzura que no se observan todos los dias en tiempos tan lejanos de los patriarcales como los que corren, danzan en los romances, si no al són de zampoñas y rabeles, al són de los

instrumentos ya mencionados; y vestidos, por más señas, con faldas de percal y pantalon de paño.

A esta bucólica, pues, casi tan falsa como la que salió del Renacimiento, opongo yo el realismo de mis cuadros, contraste que hará ver lo descaminados que andan y distantes de la verdad real y aun de la artística, los que, por no caer en el prosaismo, dan en otro más censurable estremo, si cabe.

Ya la bucólica de que se trata fué, en composiciones sueltas y sin lazo comun que las uniese, ridiculizada, hallándose en todo su áuge, por algunos ingenios, aunque no con la energía correspondiente á lo que el interés del arte reclamaba. Conocido es el soneto de Bances Candamo á la *Vida pastoril*; pero no resisto á la tentacion de trasladarlo aquí, siquiera para autorizar en el ánimo de los que lo ignoren, las palabras con que la voy juzgando.

Dice así:

Gana me dió, leyendo las estrañas
Cosas que los poetas noveleros
Cuentan de los pastores y cabreros,
De habitar en sus rústicas cabañas.

Pero llegando ayer á estas montañas,
Ajos les ví comer, y no pucheros,
Y apénas contra vientos y aguaceros
Eran su abrigo techos de espadañas.
Vílos con una eterna vigilancia,
No les oí cancion, en mi conciencia,
A quien la fláuta hiciese consonancia.
"¿Esto,—dije,—es vivir con conveniencia?"
¡Ay, amigo Fileno! Gran distancia
Hay desde la ilusion á la esperiencia.

Háse querido tambien hacer didáctico este género de poesía. Si alguna vez la teoría del arte por el arte pudo legitimar la intransijencia de sus principios, fué cuando ofreció á la admiracion de la crítica los encantadores modelos que Grecia y Roma nos habian legado. Efectivamente, en aquellas obras maestras ningun fin de utilidad práctica para la vida se descubre: realizar la belleza; hé aquí el propósito casi esclusivo y constante de los poetas de entónces. Cuando querian enseñar y correjir más directamente, apelaban al apólogo, á la epístola y á la sátira, prestando inteligencia, moralidad y palabra á cuantos séres y objetos pueblan el universo. Hoy es mayor el abuso: hasta en la poesía á que me refiero, y en los

géneros afines, todos los reinos de la Naturaleza, aun el mineral, *filosofizan*, y no por escepcion, no por milagro, sino por sistema y por costumbre, y con tal profundidad y elocuencia, que no es necesario concurrir á las áulas para graduarse de doctor en las distintas facultades que se conocen.

La poesía lírica, que es de todos los géneros el más desinteresado, puede y debe enseñar, enseña de seguro; pero de otro modo, y huyendo de las pretensiones y de las formas didácticas, porque es, como si dijéramos, espejo de lo bello, porque lo bello educa y es educador por sí mismo; 1.°, para la fantasía y el sentimiento; 2.° y mediante éstos, para el espíritu en su totalidad: en fin, porque en el arte la belleza de las entidades por él creadas, supone implícitamente los nobles atributos que la razon descubre en una criatura real perfecta.

La hermosura, el silencio, la quietud, la soledad del campo, en una palabra, el espectáculo de la Naturaleza, ha sido, es y será siempre motivo de inspiraciones sublimes; pero el actor, la figura infeliz y las formas de la bucólica neopagana, que es la que combato, desaparecerán

completamente de la escena, quedando lo eterno, es decir, el fondo, el paisaje, el templo, en el cual podrá el poeta dirijir al cielo su oracion, el himno revelador de los esplendores y maravillas visibles de la vida universal, que asímismo palpita bajo el manto de nieve, de rocas ó de flores con que la Naturaleza se cubre.

Veamos cómo.

El poeta contempla, *verbi gratia*, una montaña, que contiene en sí, con toda la hermosura, todas las imperfecciones de lo temporal. Reproducida en su espíritu la imágen de fuera, y no satisfecho todavía con esta vision mental, para esteriorizarla de un modo artístico no la desnaturaliza, como equivocadamente se ha hecho, creyendo aumentar sus atractivos, sino que la despoja de los accidentes contrarios á la belleza ideal, segun él la siente, le infunde parte de su propio sér, espresando las relaciones del estado de su alma en aquel momento con los fenómenos esteriores del mundo material y con los que ha descubierto en su seno misterioso; y la imágen, producto de esta operacion del espíritu, entra desde luego en el mundo del arte como una realidad depurada.

Cuando hay repugnancia ó antinómia entre el ideal del poeta y el objeto sometido á su contemplacion fantástica, el arte la formula por medio de esas protestas que en las artes plásticas llamamos, por ejemplo, *caricaturas* y en la poesía *sátiras*, composiciones cómicas, etc..

Hé ahí, pues, el orígen del *humor* ó del *humorismo*, nombre que, segun he dicho en otra parte (1), bajo un sentido general abarca las infinitas oposiciones que reinan entre el ideal subjetivo del artista y la realidad objetiva (2) en que vive, espresando constantemente esta última; pero con sujecion á la ley esencial, interna, propia de las cosas, imperfectamente realizada por éstas en el tiempo.

---

(1) Prólogo á la coleccion de algunas de mis poesías escojidas, titulada INSPIRACIONES. (*N. del A.*)

(2) Al usar estas palabras, yo, que aborrezco todo alarde intempestivo de erudicion, y que procuro huir de cuanto se le asemeje, declaro que lo hago porque con ellas se evitan muchas perífrasis fastidiosas, y porque es ya hasta una vergüenza que en nuestra patria las ignoren, y si las comprenden, que las ridiculicen personas que no carecen de ilustracion. La estética, no me cansaré de repetirlo, es hoy una ciencia con su lenguaje propio, ni

Dedúcese de lo expuesto, que no ha de entenderse, ni por asomo, escluida de la literatura la poesía de la Naturaleza; que en nuestros dias existen cuadros de felicidad en el seno de los montes y de los valles; que el campo ofrece y ofrecerá siempre poderosos encantos (sin que se entienda que yo le dé preferencia sobre las ciudades), y que en sus habitantes pueden hallarse agrado, ingenuidad, dulzura en el trato y pureza de costumbres; pero de esto á presentarlos como únicos y esclusivos partícipes de tan preciosos dones y de una bienaventuranza eterna (tan rara desgraciadamente en toda clase de personas, y acaso más que en ninguna, en los pobres que se dedican á las rudas faenas agrícolas y á la guarda de los gana-

---

más ni ménos que la botánica, la química, la astronomía, la medicina, la jurisprudencia, etc. ¿Qué más? Hasta las artes mecánicas tienen su tecnicismo especial; y sin embargo, á nadie le ha ocurrido censurar, sobre todo no abusando, al zapatero, al carpintero y á la costurera que nos hablan respectivamente de la *cheira*, del *berbiquí* y de las *bastillas*. Al que ridiculice la estética por ignorancia, debe aconsejársele un remedio; que estudie: al que la ridiculice por malicia, debe compadecérsele.

(*N. del A.*)

dos), fundando sobre los frágiles y vanos cimientos de una teoría convencional todo un sistema de literatura, existe inmensa distancia. Donde no hay verdad, no hay poesía. El que quiera formarse una idea de cómo la bucólica sencilla y espontánea de la antigüedad ha llegado á nosotros, lea á los poetas franceses del tiempo de Luis XIV, fije los ojos en las novelas de Florian, contemple ciertas estampas y países de abanico iluminados, que representan escenas pastoriles, y la risa asomará á sus lábios. ¡Qué Naturaleza aquella tan emperejilada, tan simétrica, tan uniforme! ¡Y qué actores los de aquellos cuadros! Cielos sembrados de colores rabiosos; plantas y árboles trasquilados por la tijera del jardinero; zagalas discretísimas, con sombreritos de paja de Italia, largos bucles y faldas de bailarinas de la Opera, llenas de colorete, de cintas, de lazos y de encajes; pastores declarándolas su atrevido pensamiento ó tomándose ciertas libertades un tanto pecaminosas, ataviados de casaquilla, chupa, calzon corto, peluca empolvada como si saliesen de manos de un *artista en cabellos* (que dicen algunos), media de seda y escarpines: palabras,

gestos y actitudes teatrales... Hé ahí, con leves variantes, segun los pueblos, el carácter y la espresion del género de que se trata.

Fáltame ahora esplicar el título de la presente obra. Dicen los historiadores, refiriéndose á la Arcadia, «que en los frescos valles del Ladon, del Erimanto y del Alfeo, y en el delicioso de Megalópolis, habitaba un pueblo, pastor y agrícola á un tiempo, y aficionado á la música, raza de costumbres dulces, que conservaba algo del carácter pelásgico que no se encontraba ya en las ciudades; y que á aquel pueblo deben referirse las tiernas imágenes de la vida pastoril que de él tomaron los poetas antiguos.»

La Academia de los Arcades, fundada en Roma á fines del siglo XVII, en la que cada uno de sus miembros se distingue con un nombre raro, y estrambótico á veces, no ha tenido principalmente otro objeto que conservar la aficion á esta bucólica de *doublé*, cultivada asímismo en España por Melendez, Lista, Jovellanos y otros, llamándose respectivamente *Batilo*, *Anfriso*, *Jovino*, etc.

Usada en poesía la palabra *idilio* como sinónima de cuadro de la vida pastoril, en el con-

cepto de vida sosegada y dichosa, el lenguaje comun la usa tambien hoy con frecuencia, por estension, punto ménos que como sinónima de *ideal realizado*, y aun suele localizarse en las grandes poblaciones el *paisaje*, bajo la forma de cuatro paredes súcias, desmanteladas y frias, con un camaranchon desvencijado y sin una mala silla en que sentarse. En *Los Miserables* de Victor Hugo hay un capítulo con este epígrafe : *El idilio de...* no recuerdo qué calle. La escena de este idilio... *urbano*, pasa en París. ¡Figúrense mis lectores qué pastorcitos habrá en la *capital del mundo civilizado*, segun llaman nuestros vecinos ultrapirenáicos á la populosa villa, cuyos jardines son *Mabille* y el *Chateau des Fleurs*! Pues bien: el idilio, el ideal contemporáneo de muchos, es la realizacion de los goces sensuales, y este es el idilio, este el ideal cuya pintura he tratado de bosquejar á la manera realista y estilo humorístico, en la presente obra.

1867. —V. R. Aguilera.

IDILIOS Y ÉGLOGAS.

OTRA EDAD DE ORO.

(IDILIO SOCIAL.)

¡Cuánto cisne canoro,
empuñando rabel ó guitarrillo,
no celebró la edad que llaman de oro,
oro mucho mejor que el amarillo!
Tengo yo, sin embargo, la sospecha
de que esa edad es cuento
de la cruz á la fecha;
invencion peregrina
que vino propagando
tras de la musa griega la latina,

y compitiendo con latina y griega
el *Fénix español*, Lope de Vega,
sin contar que tambien pagó su escote
el que al mundo asombró con el *Quijote*.
Mas, aunque haya existido
y á muchos les dé grima
no haberla conocido,
yo digo: «Nadie gima,
»pues de esa dulce edad, edad-confite,
»la segunda edicion hoy se repite.»
¿Quién me da una bandurria, una vihuela,
y si no, un tamboril?... Estoy rabiando
por cantaros al par las dos edades,
en tono así..., entre *requiem* y zarzuela,
un paralelo entre las dos formando;
si bien todo atestigua
que es mejor la moderna que la antigua.
Dicen que antiguamente
desnuda iba la gente,
pues era la inocencia
de vista corta y de feroz conciencia:

hoy, en el mes de Julio, porque suda,
y en Diciembre, tal vez porque tirita,
sale medio desnuda
á lucirse la hermosa Mariquita;
y los tiernos donceles
que la persiguen fieles
sin que el pudor los venza,
andan tambien desnudos de vergüenza.
En esta mascarada
la Verdad solamente va tapada,
pues ni en el siglo que corriendo vamos,
ni tampoco en los siglos venideros
se vió, ni se verá jamás en cueros:
¿dije en cueros? ¡qué risa!
Verla una vez quisiera yo, en camisa.
Allá en la edad primera
fué todo primavera;
no hubo otoño, ni estío;
nadie las uñas se chupó de frio.
En la presente edad, Abril eterno
es el rostro de muchas

ciudadanas machuchas
que de la vida están en el invierno,
y que acuden, no en balde,
á Santa Flor de Arroz, moderna santa,
pidiéndola el milagro que obró en tanta
con San Carmin y el buen San Albayalde.
Otras, damas gentiles,
dándose todo el año
de Vénus con el paño,
conservan siempre frescos sus Abriles;
y la que largas cuenta
navidades cuarenta,
dando hácia atrás un brinco,
se planta en veinticinco,
y de allí no la arranca, ni á cachetes,
el cuerpo de civiles y corchetes.
El hombre de pesetas, egoista,
y el cándido optimista
(que en dulce calma y beatitud reposa,
y aunque el mundo reviente,
dice que el mundo va perfectamente),

todo lo encuentran de color de rosa,
color con que, mostrando gusto y celo,
pinta Mayo la tierra y pinta el cielo.
La tierra era de todos:
limpio de sabandijas
el campo entónces, con señales fijas
é irresistibles modos,
que obligáran á un bruto,
brindaba al transeunte rico fruto.
Aquí, un tronco lozano,
doblándose decia: «Chico, toma,
»ó te rompo el testúz con una poma.»
(ADVERTENCIA: la *poma*, en castellano,
es el fruto sabroso del manzano).
Allá, chorros de vino
brotaban de las cepas, ciento á ciento,
á orillas del camino;
y si falto de aliento
llegaba un peregrino,
como era el licor *grátis*,
y, á más, no se estilase decir *sàtis*,

quépale ó no le quepa,
un cuartillo tras otro se bebia
de jarabe de cepa,
sin faltar al decoro;
luégo, á veces, solia
pernoctar entre Pinto y Valdemoro.

Nadie lo ha visto en lápidas, ni bronces,
pero todo repito que era entónces
comun: el campo, el rio,
el monte, la llanura,
la caza, la verdura;
jamás se conoció *tuyo* ni *mio*;
bien que ogaño tampoco,
pues lo tuyo y lo mio, entre consumos,
el subsidio industrial, que es otro coco,
el casero, que gasta buenos humos,
la moza que nos sirve, mal pecado,
y compra en el mercado,
y el perillan que vende
y con ella se entiende,
practican un completo comunismo;

mejor no lo soñaba Fourrier mismo.
Con el lobo la oveja
formaba antaño fraternal pareja;
palomas y milanos
parecian hermanos;
toda garra y colmillo se escondia,
ya fuera diplomacia ó cortesía,
como esconde sus uñas un tunante
bajo la piel hipócrita del guante.
Hoy tambien son ejemplo del consorcio
que débilmente pinto,
diversos animales
en costumbres é instinto;
y áun algunos iguales
en instinto y costumbres,
que pudieran causarse pesadumbres
(y hasta en furiosa lid quedar difuntos),
suelo encontrarlos juntos,
y hacen que aquel proverbio aquí recuerde,
de que un lobo á otro lobo no le muerde.
Entónces en el viento

la fláuta pastoril sonó á menudo,
con tal primor, que dudo
que le pueda igualar la de Sarmiento.
En coro acompañaron á las fláutas
con voces tiples y con tonos graves
los grillos y las aves
juguetonas é incautas,
y los zagales y mozuelas rubias
sembrando coles, nísperos y alubias.
Ahora suena el cañon, y el clarin suena;
¡todo es sonar! Sollozos y alaridos
suben, suben, y suben á la escena
desde los antros lóbregos, perdidos
de nuestra sociedad en lo más hondo;
infierno terrenal, en donde gimen
miseria y esplendor, virtud y crímen.
Y suenan—otro sí—cuervos y grullas,
y gansos roncos, y parleras ranas,
en figuras humanas,
subiéndose á la cima del Parnaso
donde cantaron Lope y Garcilaso.

Antes en el Parnaso gran cosecha
cogíase de gloria,
y la ambicion quedaba satisfecha,
si no miente la historia.
A muchos les parece
que de entónces acá media un abismo,
pero hoy pasa tres cuartos de lo mismo;
sólo que, á más de gloria, ya los vates
(aludo á los que siembran disparates
y alfalfa para el público inocente)
recogen, aclamados por la gente,
botas, chalecos, guantes, pantalones,
vino, muebles, perdices y jamones,
ya en papel de color, papel-moneda,
ya en la forma y metal de la que rueda:
en tanto, el que arrojó sana semilla
ayuna en su buhardilla,
si es que no se mantiene de amarguras;
y el que siembra la luz, se queda á oscuras.
Sin red y sin anzuelos
el mar daba pescado en escabeche;

corrian arroyuelos
de almíbar y de leche.
En nuestro siglo, arroyos
corren de impuro cieno, sangre y llanto,
con tantísimo sapo y trucha tanto,
que, en vez de apellidarlo de las luces
(pues, en verdad, hay muchas),
llamarse debe *siglo de los truchas.*

Postrábase el leon al pié del hombre;
el tigre, el cocodrilo, y la pantera
convertida en cordera,
lamíanle la mano,
sumisos arrastrándose á sus plantas
sin llevar intenciones poco santas.
Postrados ahora veo
al artista y al sabio ante un idiota
que debiera comer paja y bellota,
y á quien la suerte encaramó á la cumbre
de donde el maná llueve
que aquí todo bribon ó necio bebe.
Miro, asombrado, al escritor lamiendo

los piés de quien, el *Christus* no sabiendo,
á sus caprichos lo esclaviza y fallos;
las leyes á los piés de los caballos,
y la fé y el honor, rotas las alas,
por el suelo en mercados y antesalas.
Mil cosas producia
la tierra por sí sola;
á nadie trabajar se le ocurria;
todo el mundo se echaba á la bartola,
pues el que más hacia,
no hacia más, sobre todo en las Españas,
que extasiado mirar las musarañas.
Nada la edad presente
á la primera edad envidia en eso;
el que trabaja, ayuna y pierde el seso;
el que nó, come y vive alegremente.
No se usaban ladrones
en caminos, en mar, ni en poblaciones,
limpios de ellos mejor que con escoba:
tampoco ahora se roba;
ahora *se hacen negocios*,

para ocupar los ocios;
ó usando otro lenguaje más ameno,
se administra lo ajeno.
¡Dichosa edad aquella,
en que el hombre vivia
con su media naranja, horrible ó bella,
ya so el techo de gruta honda y sombria,
ya vagando por valles y montañas
de temple tibio y de verdor eterno,
sin chozas, ni cabañas,
ni leyes, ni gobierno!
¡Gobierno!... ¿para qué? ¿Para qué leyes,
si eran los hombres mansos como bueyes,
y aun de ellos el de cólera más fina
incapaz de hacer daño á una gallina?...
¡Pero envidiable edad, edad dichosa,
la edad en que vivimos
los que con gran placer de ella escribimos!
¡Feliz ¡oh tú! mil veces, sobre todo,
descendiente del árabe y del godo,
español envidiado,

á vivir sin gobierno acostumbrado,
sin que por esto pierdas el consuelo
de engordar y engordar como tu abuelo!
¡Feliz, oh tú...! Mas ya mi canto cesa,
canto que no me atrevo á llamar oda;
y supuesto que es moda
que seguir me interesa,
me despido por hoy á la francesa.

1864.

PASTORES AL NATURAL (1).

(ÉGLOGA AMATORIA CAMPESINA).

A D. Gregorio Cruzada Villaamil.

Largo, flacucho, de color de muerto,
chupado de mofletes y anguloso,
muy pródigo de hocico, á lo goloso,
nariz de apaga-luz y pati-tuerto;
estaba un tal Mamerto
(pastor enamorado hasta las cachas,

---

(1) Esta Égloga fué leida por mí en una de las recepciones literarias del Sr. Cruzada Villaamil. Hago esta indicacion para la mejor inteligencia del breve diálogo entre EL PÚBLICO y Yo, que verá el curioso, si lo es tanto, que llega á leerlo.

(*N. del A.*)

por su mala ventura)
en árida llanura
un caldero zampándose de gachas;
sin acordarse, aunque el amor le seca,
en el momento aquel más de su novia
(¡tanto el hambre le agobia!)
que del que asó primero la manteca.
Con postizos colores
no me atrevo á pintar á los pastores
como se usaba cuando Dios queria,
y como quieren muchos todavia:
á mí, que soy cristiano,
católico-apostólico-romano,
jamás, por vida mia,
me ha gustado mentir, ni en poesía.
De Mamerto no léjos, y sin sombra,
claros rios, ni fuentes,
una tierra espigada, por alfombra,
royéndose las uñas con los dientes
(tijeras naturales
que *gratis* nos dá el cielo á los mortales)

otro pastor, Canuto,
limpio, como se vé, pero muy bruto,
de crecidas orejas,
bizco, panzudo, chato,
con la cara redonda como un plato,
las ásperas guedejas
tendidas por la frente y los carrillos
cual espeso manojo de cardillos,
miraba cómo el otro compañero
iba desocupando su caldero,
sin decirle siquiera (¡cosa estraña!):
«Arrímate y rebaña;»
quizá, quizá se temeria el triste
que el buen Canuto lo dejase alpiste;
¡tanto puede en los grandes corazones
el hacerse prudentes reflexiones!

Los dos mancebos, pues, fieles amigos
como el mosquito del vapor del mosto,
gozaban sin testigos
las dulzuras del sol..... Era en Agosto
á la hora en que tumbadas panza arriba

sobre espinosos cardos y pizarras,
sueltan su voz festiva
con entusiasmo doble las chicharras:
no siempre han de tener los ruiseñores
privilegio exclusivo de cantores,
que, aun en cuestion de arpegios,
repite el siglo: «¡Abajo privilegios!»
Formaban el concierto vespertino
que á describir no atino,
relinchos que imitára
el *vate* Rabadán si despertára;
chillones gavilanes destacados
en pos de palominos atontados;
el moscardon, que zumba monotóno,
sochantre de la bárbara capilla:
y en más agudo tono,
el cínife tambien de trompetilla,
que clara ampolla en nuestra piel levanta,
y luego vuela, y la victoria canta.
Los idilistas bufarán de tédio
cuando les diga, y fuerza me es decirlo,

que allí no se encontraba un solo mirlo,
ni un solo colorin para un remedio.
La frescura del campo deleitosa
(treinta grados mas cinco sobre cero)
convidaba con goce verdadero
á la turba de moscas pegajosa,
que desde léjos olfateaba el bulto
de un jamelgo..... insepulto
quizá porque pació (¡tiempos fatales!)
en pradera de bienes nacionales.
Cabizbajos enmedio á la campiña,
cuerpo á cuerpo arrimado
para evitar sin duda un resfriado,
allí el cordero lleno de morriña;
la oveja allí, cuyo vellon se pela,
y que, sin alas, al sepulcro vuela;
el cabritillo tísico; la floja
madre enfermiza, derrengada y coja;
los dos hatos, en fin, en que dilata
su dominio la terca garrapata,
amenizaban tanto el cuadro bello.....

que no hay necesidad de encarecello.
Rosas, lírios, jazmines y claveles,
dálias, céspedes, nardos y mosquetas,
geranios, mirabeles,
jacintos y violetas
(de que hacen gran acopio los poetas,
y consume la gente bonachona
que una vez á ese pasto se aficiona)
de allí desparecieron como el humo,
por lo que llevo dicho del consumo.
Pero un hijo de Apolo,
charlatan y maligno como él solo,
reveló al pobre público un ultraje
de que denuncia autores
á los bardos que abusan de las flores,
gritándole con voz semi-salvaje:
«¡Público, mira que te dan forraje!»
Mas no por esta causa ménos vario
resultaba el campestre silabario:
con elocuencia muda
que estúpido gañan comprenderia,

enseñaban moral filosofía
del seco prado la extension desnuda,
imágen de la nada
y de la poesía ya citada;
la zarza inextricable,
símbolo verdadero y admirable
de muchas leyes—pésame decillo—
que, más que leyes, son revuelto ovillo;
el jaramago vil, el cardo adusto,
y la retama triste, amarga al gusto,
cual desengaño al corazon que llora
en lazos preso de amistad traidora.
Y porque nada falte, un hediondo
cenagal corrompíase cercano,
trasunto fiel del corazon humano;
de cuyo negro fondo
salian á montones
por sus lóbregos nichos
(como suelen salir nuestras pasiones),
sapos, ranas, culebras y otros bichos:
además..... pero baste; aquí hago punto,

y dejo que moral predique enfático
el diablo, que hoy se mete á catedrático;
aunque hay quien, conociendo su ralea,
le dice: «Para el diablo que te crea.»
Mamerto, que concluye su banquete
(abundante, eso sí, comió por siete),
con el pulgar santigua un gran bostezo;
bosqueja un esperezo
que otros en larga coleccion promete;
límpiase con las mangas el hocico
que uno suelta y recibe otro berrete;
de agua turbia se bebe media azumbre;
se acerca al otro chico,
y segun es costumbre
entre pastores bien nacidos, guapos,
así sacaron á lucir sus trapos,
rebuznando fragmentos de su historia
dignos de conservarse en la memoria.

MAMERTO.

«Denque te vide antier con el tio Churro

me está escarabajeando la concencia:
¿qué platicaba contra yo ese burro?
Pus mira que si apura mi pacencia,
le endilgo una razon con mi garrote
que los sesos le meto en el cogote.

CANUTO.

El probe no pudía con la mona;
que si nó, ¿le habería premitío
mormurar de la tuya y mi presona,
sin rompelle las patas y el sentío?
A más que, promediando, el pregonero
saltó y dijió: «A dormirla, caballero.»

MAMERTO.

¿Qué tuvió que dicir de mi conduta
esa sirpiente estuta?

CANUTO.

Mormuraba que ogaño
no ha de quedar cabeza en tu rebaño;

que son luengos tus robos
y se los apropíncuas á los lobos;
que águas la leche y cántaros escondes
do naide pueda vellos,
para dempues vendellos,
y ansí mesmo á tus amos correspondes.
Para poste y remate
añidió la añidura,
de que tu enfermedad no tiene cura
hasta que no te aprieten el gasnate;
que en el prósimo Julio feniquito
(no embargante un cabrito)
faltaron diez ovejas.

MAMERTO.

¡Qué calunia!
¡Borracho! ¡traidor! ¡leve...!
Tú bien sabes que sólo cogí nueve.

CANUTO.

Por esa cercustancia, en aquel auto
me quedé tuplifláuto.

MAMERTO.

¡Ay, Canuto, qué pena!
Ya no pué ser una presona güena.

CANUTO.

A mí mesmo tamien ese tio pocho
me apellidó garrafiñante de ocho,
y sólo jueron siete... y un borrego
sarnoso, morimundo, y tuerto... y ciego.

MAMERTO.

¡Velay cómo se pierden furecidos
más de cuatro endividos!
Topárale yo agora, y le arrancára
los ojos de la cara,
pus le tengo un aquel, que si sabieras!
me faltan pa dicirlo esplicaderas;
pero soy propetario, si me pongo,
á sacarle el redaño pa un mondongo.»
A tal punto llegaban, y en tal punto

el importante asunto
y plática discreta á cortar vino
un amable vecino,
íris de paz en más de una camorra,
de la comarca oráculo,
apoyado en un báculo
que pudiera llamarse cachiporra.
  Infundia respeto
y casi admiracion el tal sugeto
á las almas sencillas:
su nariz en cuclillas,
aquel mirar ladino,
la calva de color de pergamino,
los párpados con gracia remangados,
y bordes sin pestañas,
pero en cambio con blancas telarañas
y de rojo cordon ribeteados;
de la escamosa cara las arrugas
(surcos que aró la edad sembrando en ellos
garrafales verrugas)
y los ralos cabellos

atados á manera de cerquillo
con un ochavo escaso de hiladillo,
la mollera ciñéndole cual orla
que en la parte anterior concluye en borla...
todo esto y otro tanto,
prestaba cierto encanto
al venerable Vargas,
y por mal nombre el tio ZANCASLARGAS.
Mamerto le consulta
cómo ha de proceder con quien le insulta,
que el pobre no lo sabe;
y obrando con prudencia,
quiere oir la esperiencia
de aquel santo varon, sesudo y grave.
Zancaslargas vacila,
que el caso es peliagudo;
y permanece mudo,
mientras consejos hila
que ya ensaya su lengua balbuciente
á causa de tres vasos de aguardiente
que antes bebiera por refresco sano;

¡como que es el mejor en el verano!
Tose, escupe, se rasca, se relame
el lábio turbio de color de mosto
(que es tambien gran refresco para Agosto),
y antes que le reclame
segunda vez consejo el ofendido,
con tal dictámen lo dejó aturdido:

ZANCASLARGAS.

«Dios me entiende, rapaz, y yo mintiendo:
pus vamos al dicir... ¿qué iba diciendo?...
Finalmente, y perúltimo, mochacho,
cuando te sobre un cacho
de oveja, me lo dás, y *requi-terna*.....
lo comemos los dos en la taberna.

MAMERTO.

¿Y qué tengo de hacer con ese burro?

ZANCASLARGAS.

¿Con quién, con el tio Churro?

Pa mí la cuenta es llana;
pus, hijo, harás... lo que te dé la gana.»
Mamerto vá, y pregunta al otro chico:
«¿Y tú que me consejas, gran borrico?»
y Canuto responde: «¿Vá de veras...?
Ya sabes mi piñon... has lo que quieras.»

EL PÚBLICO.

«Seor mosca, la paciencia se me apura;
acabe ya, por Dios, mire que es hora.

YO.

Eso haré, así que trace una figura
que falta en este cuadro; una pastora.

EL PÚBLICO.

De pastoras prescinda.

YO.

El se lo perderá ¡porque es tan linda!

EL PÚBLICO.

Si confieso que sí, será un portento;
(y el único será de todo el cuento).

YO.

Entienda que mi númen se reporta;
¿quién ha visto jamás égloga corta?
Digo, pues, que una jóven...

EL PÚBLICO.

¿Vá de veras...?
Ya sabes mi piñon.... has lo que quieras.»

—

Cara de carantoña;
cútis lleno de roña,
y de color incierto:
ojos en blanco, de besugo muerto,
cuya pupila su recato injuria
lanzando algun destello de lujuria;

colorada nariz como un madroño;
sombrero encasquetado, alicaído,
con desiguales rotos y recortes,
pardo, sin cola ya, ni otros resortes;
honesto, virginal, tímido moño
que nunca hubiera fácil consentido
trato con peine y ménos bergamota,
por ser de una muchacha sencillota
que no usaba, si acaso, más afeite
que de negro candil el negro aceite;
cintura de costal; pecho conforme
á lo que exige la cintura enorme;
fornido brazo de oso,
como las piernas rígido y cerdoso;
voz de gallina clueca;
boca torcida por eterna mueca....
tal era Nicolasa,
y era lo mejorcito de su casa,
ménos su hermano, el ínclito Canuto,
que casi la igualaba en cuanto á bruto,
y Mamerto, su amor, que era el más bestia,

y la palma les cede.... por modestia:
¡qué delicados sentimientos caben
en quienes, por milagro, aullar no saben!
Aunque salud, al parecer, vertia
la hermosa enamorada
por mi pincel sincero retratada,
en su interior sufria,
si no con alegria
como sufren los buenos,
con ejemplar resignacion, al ménos.
Práctico afortunado y de principios
que ensayó en diferentes municipios,
famoso personaje
á quien todos tributan homenaje,
sospechaba asimismo, pero sólo,
el albéitar Bartolo
que aplicaba sus mil conocimientos
ya á bípedos implumes, ya á jumentos,
que la muchacha bella
no debia andar bien... ¡Pobre doncella!
Y era Colasa, pura

vírgen silvestre, niña candorosa,
ninfa de la llanura,
pintada mariposa,
ángel, querube, diosa;
en fin, era.... y ahorrémonos palabras,
pastora, no de cabras
ni carneros merinos;
era una pastorcita..... de gorrinos (1).
La cual, en jarras puesta
con intencion hostil y manifiesta,
dos minutos ó tres quédase muda;
hasta que al fin (sacando del retiro
del pecho, cuya cólera le ayuda,
un rumor cavernoso que se duda
si es regüeldo ó suspiro):
«Mamerto (dice fosca) si has piensado
porque yo y tí en un mes no hemos parlado,
ó porque tu querer y tus aqueles

---

(1) 1856.—Lo que sigue hasta el final, l compuse en 1866 y ahora lo publico por vez primera. *(N. del A.)*

el seso haigan quitado
á la nieta del tio Mirabeles,
que naide, ni denguno ya te empuja,
te equivocastes, hijo de una bruja.
Reza para que yo no sus encuentre
como antier de tirtulia con to el mundo
y con ella á la puerta de Reimundo,
ó una patá metiéndola en el vientre
á Demesia espanzurro si la topo,
y de otra á tí, galopo.
¿Te amargan las verdades?...
Pacencia... y barajar, que ya me cargas
con poner á la boda enficultades:
¿no me sobra razon, tio Zancaslargas?

ZANCASLARGAS.

Cá másima que sueltas, hija mia,
el mesmo Salamon envidiaria.

NICOLASA.

Otra vez los cogí cabe unos trillos.

ZANCASLARGAS.

¿Y qué hacian? Holgárame, en efeito,
el caso oir pa sentenciar el preito.

MAMERTO.

Andábamos los dos cogiendo grillos.

ZANCASLARGAS.

Ya lo oyes, Neculasa;
yo no encuentro maldá, poca ni mucha,
en el paso que pasa:
ahora tú desembucha,
y si razon tuvieres, yo te juro
que le falta á Mamerto de siguro.
¿Qué te pide ese cuerpo?... Abre la boca;
aquí parciales semos,
y á todos sus daremos
correspondientemente lo que us toca.

NICOLASA.

¿Quieren que parle y garle hasta mañana?
No me dá la real gana;
ya se acabó el desámen.

ZANCASLARGAS.

Envide su ditámen
tu hermano, que no chista,
y sentencio más pronto que la vista;
¡miray si seré pronto!

CANUTO.

Pus mi ditámen es... que el que sea tonto
se fastidie.

NICOLASA.

¿Y mi honor?

CANUTO.

Quien tiene tienda,
dice el refran, *que atienda.*

NICOLASA.

¡Mosto! (monstruo querria
á su hermano llamar la moza brava).

CANUTO.

¿Yo mosto?.. No es el tiempo todavía.
Cuando Mamerto andaba
por montes y por trigos á tu alcance,
¿no te dije: «Cuidado con un lance?»
¿Y qué me respondiste?... «Si él es tuno,
»cada uno es cada uno,
»y aunque me ven tan niña,
»ya sé guardar mi viña
»de ladrones y gatos;
»á más, él no es presona de esos tratos.»

NICOLASA.

Equivoquéme.

CANUTO.

Estabas por él loca.

NICOLASA.

Una vez, cualisquiera se equivoca,
y basta de razones;
no quiero que me tengan por un pingo:
ó sin falta escomienzan el domingo
las amolestaciones
de yo con ese cuco,
ó de un par de trancazos lo desnuco.»
Cierra el pico la vírgen campesina,
que el suspiro repite (*alias*, regüeldo)
enarbolando un bieldo
de madera de encina
puesto sobre una hacina.
A insinuacion tan tierna,
préviamente rascándose una pierna,
levántase Mamerto convencido:
¿y qué hace?... De entusiasmo casi verde,
un carrillo la muerde
en lugar de besarla como se usa:
la doncella se atusa

las greñas, y segunda vez en jarras,
vá y le dice:
«Se tocan las guitarras,
pero no las mujeres;
deprenda á rispetar mis menesteres.»
A cuya gran sentencia,
que rebosa indulgencia
pues sin gestos pronúnciala y sin voces,
añade cuatro coces
con la siniestra pata,
como jamás las dió mula de noria,
y que á Mamerto, á quien por poco mata,
saben á miel, á gloria:
esto siempre el amor tiene de bueno,
convertir en antídoto el veneno.
¿Qué novio en brazos lleva
por escarpado risco y matorrales
la carga de su bella, enorme, suma
(suponiendo que pese tres quintales),
que no se le figure leve pluma?
Así las paces hechas

y las dos almas fieles satisfechas,
pregunta Nicolasa á su futuro
(que de pelar ha estado un poco duro),
cuándo será la boda;
y él, con una sonrisa
que no anuncia gran prisa
y arruga su faz toda,
como quien de un limon el zumo chupa,
más que como el goloso que se ocupa
de gusto haciendo dengues
en devorar merengues,
responde pensativo:
«¿Cuándo? ¿cuándo?
Allá... pa el tiempo blando.

NICOLASA.

Acaba de parir y asin revientes.

MAMERTO.

Mal paras tú, primero que lo cuentes.

Yo cavilo, cavilo...
es un plan... ¡cosa grande!

NICOLASA.

Acaba, dílo.

MAMERTO.

Quiero que mi presona
se presente en la Igresia hecho una mapa.

NICOLASA.

Mas ¿cuándo nus casemos? y perdona.

MAMERTO.

¡En cuantis tenga capa!»
No bien de su pereza
para matrimoniar la causa oyeron,
los otros tres hicieron
un elocuente signo de cabeza,
demostrando á porfía
que se hallaban conformes, y esto es óbvio;

en bodas de este rumbo y gerarquía
podrá faltar el novio,
¡pero la capa! ¡horror! ¿qué se diria?
La historia así remata
y los castos amores
de Mamerto y su Fílis, flor y nata
de novios y pastores;
y yo, el pincel dejando,
llevo á la *Exposicion* esta obra nueva.
Se premiará: ¡es tan mala!.. ¿Á que la aprueba
la Academia Real de San Fernando?

———

LOS MAYORAZGOS.

(IDILIO SOCIAL, ENTRE BASTIDORES.)

Musa de la obstetricia, Musa ignota
que en sus operaciones,
desde la edad más bárbara y remota,
sin duda han invocado
matronas y aturdidos comadrones
cuando el trance es difícil é intrincado
(por ver si inspiracion del Pindo llueve),
yo te invoco tambien, pese á las nueve,
para cantar sin el auxilio de ellas
de dos nonatos íntimas querellas.
Arce, hambriento de fama

(no sé si de otra cosa,
pues no dá pan el verso, ni la prosa),
luz inmensa derrama
de los hombres dejando la balumba,
sobre lo que sucede en Ultra-tumba (1).
Conoce tanto, y tan al vivo pinta
sin usar más color que el de la tinta,
las costumbres, los usos y las leyes
de vasallos y reyes,
de pobres y de ricos
moradores de un mundo
sólo abierto á su espíritu profundo,
que ó bien como á unos chicos
incautos nos la pega,
ó alguna vez se ha muerto y nos lo niega.
Yo, tomando contrario derrotero
al que hoy se sigue por rutina pura,
un nuevo mundo descubriros quiero;

(1) Se alude á unas poesías de mi amigo D. Gaspar Nuñez de Arce, tituladas *Cuentos del otro mundo*, cuyos personajes todos, ó actores, son difuntos. (*N. del A.*)

y, peon caminero
de la literatura,
que se halla intransitable, *abro un sendero.*
Arce baja al abismo de la muerte
con ánima aflijida,
pero lo disimula y no se advierte;
yo en el umbral me planto de la vida;
él dedica á los muertos muchos ratos;
yo estudio á los nonatos;
si el nombre de Colon Arce reclama,
yo, por lo ménos, soy Vasco de Gama.
Estaba Doña Leta,
de un *quidam* noble y respetable esposa,
en un sillon antiguo de vaqueta
repantigada y grave, pero inquieta,
como el que espera y teme alguna cosa.
Ya parece una santa
á quien mira su rostro compungido;
ya los ojos levanta,
culpando, injustamente, á su marido
del caso que la espanta;

ya rompe en un chillido
aterrador, siniestro,
y reza un *Padre nuestro;*
ó histérica, indecisa,
confunde los sollozos con la risa;
mientras que su consorte, Don Antonio,
se hallaba en un rincon hecho un bolonio.
Bañada en sudor cálido la frente,
remangado hasta el codo
en ademan brioso y resoluto,
como adalid valiente
que vá á jugar el todo por el todo
en reñida batalla;
panzudo, nada seco;
desabrochado á medias el chaleco;
al hombro una toalla,
fórceps y esponja en mano,
esperaba tambien y al par temia
cataclismos ó dulces y mercedes,
Don Luis Mendigorría,
el comadron... para servir á ustedes.

Sepa quien el equívoco repare,
que me oye gente que concibe y pare (1).
Cuanto más discurria
el práctico sagáz sobre el retraso,
ó llámese torpeza,
de aquella femenil naturaleza
para salir del paso,
más confusion reinaba en su cabeza;
y hasta llegó á pensar, lleno de bílis,
como si hubiera dado en el busílis:
«Se habrá ahogado, esto es hecho:»
y el hombre se quedó tan satisfecho.
¡Galileo, permite que te robe,
esclamando contigo: *E pur si muove!*
Y era verdad, si bien parece bola;
pero ¿qué comadron no se atortola,
cuando se halla en presencia
de un hecho no previsto por la ciencia?

(1) Á fin de que se comprenda este equívoco, debe advertirse que este idilio se leyó en casa del Sr. Cruzada Villaamil, en donde, como es sabido, se reunian escritores y artistas.
(*N. del A.*)

¿A qué achacar la incomprensible pausa
que prolonga la crísis?... Esto es sério,
tanto como formar un ministerio.
Prestadme oido y os diré la causa,
base tambien de esta égloga difusa,
invocando, y van dos, mi pobre Musa.
Hay en el *Cósmos* (y recurro al griego
por lo arriesgado que es jugar con fuego,
y es fuego el castellano
cuando es sencillo y trasparente y llano,
aunque hoy me maravilla
que entienda su habla natural Castilla;
pero—¡Dios me perdone
tan grandes sacrificios!—
quiero escribir en su hoja de servicios:
valor... se le supone:
y cierro esta miseria
de paréntesis ruin, y entro en materia,
con cuya salvedad creo que basta;
además,—recordarlo me conviene,—
como dice un autor: *la ciencia es casta*):

hay en el *Cósmos* femenino interno
un punto que se elogia
por su importancia suma en fisiológia,
y que la misma, con pudor superno,
llama *cláustro materno*;
en el cual los nonatos disertaban
(pues eran dos, señores),
con gravedad y pujos de doctores.
¡Y clamarán algunos papanatas:
«*no hay ideas innatas!*»
Háylas y tambien actos
que los van á dejar estupefactos,
como verá el que lea imparcialmente
el diálogo siguiente
entre Cástor y Pólux, que, en cuclillas,
con los codos pegando en las rodillas,
en las sienes los puños,
la barba contra el pecho
y entornados los ojos,
tenaces se disputan un derecho
en el idioma superfino y vario

que se estila en el mundo embrionario.

CÁSTOR.

«Entiendo bien tus tretas;
repito que no quiero
que salgas tú primero,
sacando las pernetas,
por más que me prometas
si aquí dos horas sin compaña yazgo
conmigo repartir el mayorazgo,
cuando á la fiebre, ó la vejez, que mata,
mamá estire la pata.

PÓLUX.

¡Ni de su hermano fía!
¿No basta y sobra la palabra mia?

CÁSTOR.

¡Palabras.. juramentos!. No los nombres:
cien veces, insensato
¿á ellos no faltó más de un nonato?

¡Despues nos quejaremos de los hombres!

PÓLUX.

¡Ay, no me apesadumbres,
juzgándome tan mal!... Cierra ese pico.

CÁSTOR.

Hablemos claro, chico:
están muy corrompidas las costumbres.

PÓLUX.

Por tí y otros engendros insolentes
que de escándalo llenan á las gentes.
Yo te sigo la pista,
te miro, te olfateo,
y con disgusto veo
tu aficion á la escuela socialista.
Por Dios, Cástor, refrena tus pasiones
feroces, y permíteme que salga,
que saque la cabeza,
que enseñe media nalga;

sostendré las gloriosas tradiciones,
y el antiguo poder de la nobleza
que cualquier pelagatos hoy humilla,
y la horca, y la cuchilla,
y el trabajo.... del prójimo, se entiende,
y demás privilegios dulces, suaves,
y sobre todo, justos, como sabes,
pues son cosa probada;
por ejemplo: el derecho de pernada.»

—

En esto entró un poeta
descomunal á ver al matrimonio,
diciendo por lo bajo á Don Antonio:
«¿Despachó Doña Leta?»
Y le responde el cónyuge intranquilo:
«Ay, no! y estoy, amigo Zurupeta,
con el alma en un hilo.
—Pues yo serena á la paciente encuentro.
—Al parecer; pero lo cierto es que anda
la música por dentro.

—Lo siento;—(esclamó el vate,
vate desaforado
que por un chocolate
celebraria todo lo criado;
vate, en una palabra,
á quien la suerte perra descalabra;
capaz de acometer al universo
con un memorialillo en cada verso:)
—lo siento (repitió, fuera de juicio);
¡traia un natalicio!»

—

CÁSTOR.

«En todo lo que dices
convengo, caro hermano;
mas oye, ¿no seríamos felices
si antes que tú sacase yo una mano,
ó, quien dice una mano, las narices?
Contigo yo gustoso partiria
mi primogenitura el mejor dia.
¡Oh, Pólux! considera
que de otra suerte el mundo no prospera:

la civilizacion se queda manca;
la propiedad se estanca;
y siendo desiguales
en derechos como este los mortales,
sin atender á homilias
el ódio se aclimata en las familias,
bullen pasiones viles,
nacen guerras civiles
que al malo dan deleite,
y es lástima que mi ánimo deplora,
porque es el mundo ahora
una balsa de aceite.
Evítame, aceptando, pesadumbres;
mas si dudas de mí, no abras el pico.

PÓLUX.

Hablemos claro, chico:
están muy corrompidas las costumbres.

CÁSTOR.

¿Cuál era, pues, tu intento?....

Descubro tu maligna diplomacia:
¡vamos, tendria gracia
que, rico tú y contento,
ocioso, regalado, bien servido,
de oro y seda vestido,
como tigre lanzándose á su presa,
de festin en festin, de mesa en mesa,
pasases una vida de jerónimo,
al par que yo hecho un zángano, y ayuno,
fuese un *quidam*, un nadie, un sér anónimo!
De la ópera, ni de otras diversiones,
no se hable, pues no yan los segundones
por falta de dinero:
yo trabajar no quiero,
que aunque el trabajo es cosa buena y justa,
hijo mio, soy franco, no me gusta.

PÓLUX.

Lo mismo que tú opino;
que trabaje el vecino.»

—

¡Oh ambicion *nonacida*, vicio insano,
capáz de dar al traste
con la virtud mas sólida! Tú armaste
hermano contra hermano.

—

Cástor ligero, mientras Pólux tose,
de buena fé á su hermano adelantóse,
y cierta evolucion hábil empieza
para salir al punto de cabeza.
El pobre, que ignoraba
que Pólux ya contaba
para tales apuros
con dos soberbios dientes prematuros,
sintiendo á retaguardia un vil mordisco
lloroso y mustio se volvió al aprisco.

—

Al ver Mendigorría
el astro que nacia,
demente, ébrio de gozo:

«Señora, ¿sabe usted que es un buen mozo?»
iba á decir á Doña Leta, cuando
(sin mirar que incomoda)
apunta una gran oda,
con ella amenazando
al prudente auditorio pacienzudo,
y estrofa y media dispararle pudo.

(ZURUPETA, *leyendo*).

«*Vástaga ilustra, serafin del cielo,*
á quien el mismo guarde
de langosta, de escarchas y de hielo;
que de precoz talento haciendo alarde
anuncias con tus risas inocentes
que serás el asombro de las gentes....»
—«¿Y si sale un zopenco?»
Don Antonio pregunta,
sandez tanta y tan grande oyendo junta.
El vate respondió con desparpajo:
—«Si el cielo se hunde, nos cojió debajo;»
é impertérrito sigue su leyenda:

«*Niña, lucera rutilanta, prenda*
de paz y de cariño....»
—«Perdone usted, es niño,»
respondió el comadron, y el padre exclama:
—«¡No he visto borrador más inconexo!
—Y bien... ¡y qué! ¿no es dama?
(le replica el autor del natalicio);
pues en un *santiamén* le mudo el sexo.
Ha de saber usted que en el *oficio*,
en asuntos como este, delicados,
en que uno marcha á oscuras,
pródigos repartimos
perfecciones, virtudes á puñados
(por supuesto, futuras);
sexo y nombre elejimos
á la pata la llana,
y luego salga pez ó salga rana:
con variar tres ó cuatro consonantes,
quedamos tan amigos, tan campantes.»

—

En tanto, el otro pobre pequeñuelo
teme quedarse allá, ponerse mohoso;
y haciendo pucheritos,
clamaba sin consuelo
á Pólux victorioso
que su triunfo celebra ya con gritos:
—«Como llegue á salir de esta clausura,
diré que tu ventura,
no al derecho, á la fuerza la debiste,
ó á la casualidad, que es lo más triste.»
Y respondia Pólux, hecho un bravo:
—«*Al asno muerto, la cebada al rabo.*»

1857.

PERCANCES DE LA VIDA.

(ÉGLOGA PISCATORIA URBANA.)

Al márgen de un arroyo, que encamina
su lánguida corriente ex-cristalina
entre un cañaveral medio podrido
por la raíz al cieno mal prendido,
sentóse cierto dia á pescar ranas
Pinini con Juan Lanas,
invíctos pescadores;
y tan bravos cantores,
que se esponen á ser, si los atisban,
cual génios soberanos
ajustados un dia en *Jovellanos.*

Pinini es gran figura,
pues mide siete pies desde los suyos
hasta el remate de la cholla dura,
y no tiene más sal, ni gallardia,
el pendon de cualquiera cofradía.
Su voz, es voz de bajo;
el toro más indómito y marrajo
mejor no brama que él; cuando suspira,
ya parece que ronca,
ya que cuece un caldero en sus pulmones,
ó que éstos, nidos son de moscardones:
no iguala, en fin, la voz de su garganta
el *ruiseñor* que en las pocilgas canta.
Rival del que os alabo,
famoso del un cabo al otro cabo
del tímido arroyuelo,
que retrata su cara de mochuelo
y su porte gentil, que llena el ojo,
porque es achaparrado, y tuerto y cojo,
Lanas (Juan) modestísima persona,
de cierta gracia con razon blasona.

Ladra como los perros, y no hay otro
que el relincho del potro
y el maternal de las salvajes yeguas
imite mejor que él, ni con cien leguas;
grazna como los patos;
maya como los gatos;
chirría como el grillo;
sabe tambien hacer el organillo;
y por fin y remate, caballeros,
se luce en los *Espárragos trigueros*
que oyó en el *Instituto* cuatro veces,
aflojando el producto de unos peces.
¡Ay de más de un tenor!... Su dicha vuela,
si este *génio* se lanza á la Zarzuela.
Acurrucado entre ellos Caniyitas
á modo de conejo,
hombre de edad, maduro en el consejo,
archivo de sentencias infinitas,
para églogas, en fin, cortado viejo;
cuando cuenta cada uno
su historia respectiva, el varon santo

suelta sin escupir (terciando grave)
un chaparron de máximas al canto:
los dos no siempre quedan convencidos
de su filosofía en cuanto al fondo;
pero ¿lo dijo Blas?... punto redondo;
le aplauden, como aplauden en el teatro
á muchos Caniyitas más de cuatro.
En la márgen opuesta,
á tiro de ballesta,
tendidos sobre piedras y zarzales,
mantillas y pañales
de párvulos mamones;
sábanas, calzoncillos y camisas
con manchas, y remiendos, y girones;
enaguas y otras prendas *de profundis*
llenas de *mapa-mundis*,
eran decoraciones
de tan bello escenario,
y forman un conjunto alegre y vario,
que acaso envidiaria
más de un teatro hoy dia.

A nuestros dos cantores forman coro,
al són de la paleta
que azota á la banqueta,
y al restregar la percudida ropa,
las gargantas cerriles
de cinco lavanderas varoniles;
coro tan arreglado
que cada voz emigra por su lado,
lo mismo que en el *Real.* ¡Qué paso llevan,
oyéndolo las ranas,
hácia donde las ceban
Pinini y el dulcísimo Juan Lanas!
Callaron un momento
las que los trapos lavan;
y viendo que callaban,
así su voz al viento
soltó Pinini, lamentando mustio
la suerte mal cocida
(otro dijera cruda)
que persigue su vida;
y así tambien, mientras el sol se esconde,

Juan Lanas le responde,
terciando, como siempre, Caniyitas,
archivo de sentencias infinitas:

PININI.

¡Cuál la suerte se ensaña,
carísimo consorte,
en quien tan sólo cuenta
en el mar de la córte
con su modesta caña
y con su pobre anzuelo,
aunque virtud y ciencia deba al cielo
que suplan á gusanos y lombrices,
para engañar la especie bullidora
que debajo del agua vive y mora!

JUAN LANAS.

Dígalo yo, que un dia
cuando favor tenia,
á mi anzuelo se vino
sin dar yo un solo paso,

y me hizo abandonar mi barberia,
como pez un destino
de sueldo nada escaso,
que codiciando estaban más de ochenta,
gente, *otro sí*, de mérito y de cuenta.

CANIYITAS.

Los destinos son aves,
el favor es un fruto que les gusta,
y el mérito espantajo
que esas aves asusta.

PININI.

Yo, en la mano el sombrero,
¡oh insigne amigo mio!
pasé papando frio
casi un invierno entero
en escaleras, calles y antesalas,
por pescar una plaza de portero;
y cuando ya creia
que la pieza al anzuelo se venía

y me era favorable la fortuna,
pesqué... una tos perruna,
que llegó á convertirse en pulmonía!
Me levanté en agosto,
cuando se asa la gente
y alegre canta el grillo;
y otra vez pretendiente
corrí detrás de un nuevo destinillo...
¡y pesqué un tabardillo!

JUAN LANAS.

Yo, con el cebo de mi sueldo, ufano,
pesqué al punto una novia
natural de Segovia,
rica, rubia y de busto soberano,
y le ofrecí mi mano,
que en seguida aceptó con placer mucho;
como soy hombre ducho
la gusté de los pies á la cabeza,
y eso que no es muy grande mi belleza.

CANIYITAS.

El hombre que pan tiene
á la mujer conviene,
aunque, á más de bolonio,
y de baja ralea,
y largo bribon, sea
feo como el mismísimo demonio.
Nobleza y hermosura,
y virtud espartana,
son cosas muy laudables; sin embargo,
hacen el caldo del puchero amargo,
y por ellas no fian ni cominos
en ningun almacen de ultramarinos.

PININI.

Acosado una vez de la gazuza,
que ya en mí se hizo eterna,
zambullíme cual rana en la taberna
y bodegon antiguo *de la Manca*,
sin llevar una blanca,

pensando en escurrirme
á manera de anguila,
despues de prevenirme
contra el hambre que el cuerpo me aniquila;
pues, al fin, dígase lo que se quiera,
no tiene el hambre espera.

Pesqué primero un plato
de conejo (aún sospecho que fué gato);
luego, con gesto grave,
apuré dos copitas de lo tinto
de Cariñena ó Pinto,
que á mi sed indecible supo suave;
y por tanto, no apuesto
á si el líquido estaba ó nó compuesto
de gato muerto, y cobre, y aun ¡quién sabe!

Luego quise aceitunas sevillanas,
y eran tales mis ganas
que ni huesos dejé, las comí enteras,
y eso que estaban todas *zapateras*,
pues la cuenta me eché que se echa el pobre:
más vale reventar, que no que sobre.

Por último, resuelvo
atracarme de callos,
que bien pudieron ser (yo no lo juro)
pellejos de borricos y caballos.
Viendo yo que la Manca parecia
detrás del mostrador echando un sueño,
abandono la mesa,
y, sin más, me despido á la francesa.
La Manca no dormia,
llama, viene un señor de policía,
y, aunque éste mi aire vé de caballero,
me pesca y me conduce al Saladero,
uniéndosele dos municipales.....
y todo por... ¡por míseros seis reales!
Dios quiere que, en mi oficio desdichado,
siempre, en vez de pescar, yo sea pescado.

JUAN LANAS.

A mí en bailes, banquetes y conciertos
me recibieron, cuando en boga estuve,
con los brazos abiertos;

y mis faltas y enormes desaciertos,
que yo mismo no abono,
decian que eran *rasgos de buen tono.*
Fióme un prestamista;
muebles me adelantó un almacenista,
sin temer un desastre;
me empeñé con el sastre;
el dueño de un café, conmigo franco,
me abrió una cuenta larga
que hoy no puedo saldar con este oficio;
pero prometo hacerlo el dia del Juicio,
cuando pague diez pares
de magníficas botas,
y dos docenas de camisas rotas,
cada cual con más ojos que una criba
y remendada ya de abajo arriba.
Con esta *vita bona,*
sirviéndome el destino de hipoteca,
dicen que mi persona,
antes flaca y enteca,
era entónces un rollo de manteca.

CANIVITAS.

¡Ay del hombre pacato y encogido,
de conciencia de mándria!
Vivirá como mísera calándria
olvidado, ó por nada perseguido.
¡Feliz el que halla modo
de llamarse bribon ó petardista!
Para él su país todo
es tierra de conquista,
que corre audaz y bravo;
engorda como un pavo
que se ceba al venir la Noche Buena;
no conoce una pena,
ni teme, ni se apura;
y cuanto más engaña,
y cuanto más araña,
en lugar de perder en estatura,
tanto más en el mundo crece y priva:
nó, no es esta cuestion de perspectiva.

PININI.

Un dia, fastidiado,
sin amorosa gula,
declaré mi pasion á Doña Tula,
mi porvenir creyendo asegurado;
porque se me decia
que en Móstoles tenía
un molino de aceite,
dos casas en Beceite,
viñas en Peñaranda
y tierras en Arganda;
todas estas haciendas, sin más censo
que histéricos y crónicos catarros,
la faz llena de barros,
lombrices que la comen,
una tumefaccion en el abdómen,
y acaso algunas otras frioleras
con sus cincuenta y cinco primaveras.
Fuimos á San Ginés; nos echó el cura
la bendicion nupcial, ví el cielo abierto,

y hubo en la boda arroz y gallo muerto.
A fines de un trimestre,
saliendo á recorrerlas de la córte,
¡ay! ví que las haciendas consabidas
las tenía, en efecto, mi consorte;
las tenía... ¡perdidas!
porque antes de mi ansiado matrimonio
ganádolas habia, con un pleito,
un tal Don Celedonio,
sin que dejase para mí otra cosa
que mi esposa... ¡y qué esposa!
«Sea todo por Dios! buena la hicimos!
(esclamé;) no echo pelo!»
Para darme consuelo,
acosábame Tula con sus mimos,
que me ponian malo
cual si me sacudiese con un palo;
y aunque ella horrible y vieja
y yo enclenque y rabioso,
en seis años, no más, al mundo *dimos*
tres hembras ¡ay de mí! que al mes perdimos;

sin que el cielo mis súplicas escuche,
muriéronse las tres de coqueluche.
Siguióles Tula pronto,
y yo quedé tan aturdido y tonto,
que á lo mejor faltábame el cacúmen...
Tal de mi negra historia es el resúmen.

JUAN LANAS.

Por mí la de Segovia
con gusto deja los paternos lares;
y llevándola al pié de los altares
de la córte de España,
con dos ó tres amigos
que de mi fáusta union fueron testigos,
comencé de casado la campaña.
Al principio gran lujo,
teatro, mucho coche,
por el Prado y Atocha mucho pío,
y mucho corriqueo dia y noche.
Viendo tanto derroche,
yo anunciaba á mi esposa un fin nefasto,

y ella solia responder con brío:
«El dote ¿es tuyo ó mio?...
A nadie debe nada lo que gasto.»
Un amigo, constante en protejerme,
prometió á mi mujer pronto ascenderme,
tocando sin demora
yo no sé qué resorte ó qué registro:
como sus intenciones eran sanas
y verdadero su interés: «Juan Lanas,
(me dije) de esta, cátate ministro;
¿por qué tú has de ser ménos, voto á cuantos,
que tantos, y que tantos, y que tantos?»
En esto hubo una crísis horrorosa
en las altas regiones,
que á muchos empleados causó fiebre,
y á mí me arrebató mis ilusiones;
mi protector emigra como liebre,
muere de sofocones,
y yo de real órden... ¡Al instante
me dejaron cesante!
Al saber mis reveses,

furibundos me acosan los *ingleses:*
mi amada compañera,
á la par que el metálico sonante
derritiéndoseme iba como cera,
mostrábase más fiera;
y finjiendo una vez terribles celos
cuatro puñados me arrancó de pelos.
Amagándome espaldas y cogote,
á cada paso me gritaba: «Tuno,
holgazan, burro, borrachon, ingrato;
¿qué has hecho de mi dote?
¿Qué has hecho, dí?... Respóndeme ó te mato.
¡Ay! (despues añadia
con trágicos sollozos,
y gesto y voz de harpía);
¡ay de mí, que, inexperta,
cándida criatura,
creí tu pasion pura
y las protestas de tu amor, mentidas,
cuando te las dictaban solamente
de esta niña inocente

las diez y seis talegas ya perdidas!»
Pero aun no concluí, por mi desgracia;
oigan ustedes el tremendo ultraje:
pretestando una carta de mi suegra
y á Segovia un viaje,
¡pif!... de golpe y porrazo,
traidora huyóse á Francia
con un picaronazo
teniente ó capitan de cazadores,
que en situacion estaba de reemplazo.
Ya cerca de diez años han corrido
y nada de la prófuga he sabido;
desde entonces acá, vivo muriendo:
¡salid sin duelo, lágrimas, corriendo!

CANIYITAS.

El que busque dinero
al buscar su futura,
no juventud, modestia, ni hermosura,
vea y toque primero
con ojos y con manos

de los maravedises la existencia,
ó tema el caso que á Pinini apura:
quien se fia en, «*se dice*,» «*se asegura*,»
quedar suele á la luna de Valencia.
La fortuna es veleta giratoria
que si á un lado se mueve
anuncia dicha y gloria,
si á otro, plagas mil el cielo llueve.
La verdad de un adagio muy sabido
que damos al olvido,
Juan Lanas con su ejemplo nos enseña:
¡ay! *del árbol caído*
todo el mundo hace leña.»

—

En esto el sol, enternecido acaso,
por no escuchar más lástimas, sepulta
su disco en el ocaso:
en éxtasis las ranas
que la ova espesa oculta,
oyendo los percances de Juan Lanas,

de Pinini las cuitas
y el raudal del saber de Caniyitas,
que les chocaba un poco por lo nuevo,
habian olvidado caña y cebo;
de modo y de manera,
que en una tarde entera
y un buen rato de luna,
no fué pescada..... ¡ni una!
Maldiciendo sus hados enemigos,
entrambos pescadores
los chismes recogieron;
y atravesando trigos
del nocturno fanal á los fulgores,
su regreso emprendieron
á Madrid, donde tienen la huronera;
la gorra atrás echada,
la capa casi, casi derribada,
los ojos dormilones, .
saliendo las palabras á empujones,
dando con Caniyitas mil *traspieses*
y haciendo muchas eses;

porque de una panzuda, enorme bota,
con ribetes y honores de pellejo,
amiga inseparable del buen viejo
cuya sangre alborota,
de tal suerte chuparon,
que en la marcha apuraron
hasta la última gota.

El viejo, en tanto, repetido habia:
—«*¡Qué tragos en la mísera existencia*
se pasan!» Y «*¡Qué tiempos tan aciagos!*»
—«*¡Cómo ha de ser!* (Pinini respondia,
con Juan Lanas conforme.) *Vengan tragos,*
pues lo dispone así la Providencia;
¡todos los pasaremos con paciencia!»

1860.

DETRÁS DE LA CRUZ EL DIABLO.

(IDILIO CAMPESINO CONYUGAL).

De soslayo metido hasta la ceja
el sombrero de teja,
quitasol oportuno, si no bello;
en casa el alzacuello;
chaquetilla de cúbica, algo añeja;
pantalon de lo mismo, remangado;
de piel de cabra, cómodo calzado;
atada á la cintura
con galon la sotana,
y sin manteo ni otra vestidura
que aumentase el calor de la mañana,

de un monte por la rústica espesura,
la vista en el Breviario
por donde haciendo vá su rezo diario,
solo y grave pasea
el párroco excelente
de la vecina aldea,
á quien por bueno y sábio ama la gente.
Pobre, porque á los pobres
con generosa mano socorria;
sencillo, porque apénas comprendia
la virtud evangélica adornada
con la pompa del mundo,
que es humo, sombra, nada;
breve en palabras, pródigo en acciones
que con sus bendiciones
premia gozoso el cielo;
de santidad modelo;
roca firme en su fé perseverante;
á la ambicion y á la mentira estraño,
cual pastor vigilante
el cura apacentaba su rebaño.

Siguiendo á poco rato otra vereda,
huella la blanda alfombra
que á una verde alameda
conduce, donde fresca y grata sombra,
que del sol templa las ardientes llamas,
árboles mil pomposos
dan con sus troncos y crecidas ramas.
Y allí, con tosco aliño
que cubre mal su cuerpo delicado,
apareciόse un niño
de seis años, azules, claros ojos,
alta frente espaciosa,
color suave de temprana rosa,
coronadas de rizos naturales
la sien y la mejilla virginales;
el cual, corriendo al cura, con espanto,
y á la sotana asido
como si de alguien fuera perseguido,
trémulo esclama y anegado en llanto:

EL NIÑO.

Ven, señor cura, ven, que padre pega
á madre, y madre llora.

EL CURA.

¿Quién es tu madre?

EL NIÑO.

¿Quién?... La tia Melchora.

EL CURA.

¿Y tu padre?

EL NIÑO.

Es el tio

Inocente.

EL CURA.

¡Ah! ¡ya caigo! Iré, hijo mio.

¿Y sabes por qué causa la maltrata?

EL NIÑO.

¡No lo sabo!

EL CURA.

Y tu madre ¿qué decia,
al pegarla?

EL NIÑO.

«¡Dios mio, que me mata!»

EL CURA.

¿Y tu padre?

EL NIÑO.

«Llegó tu último dia.»
Habia en el acento
del niño espresion tal y sentimiento,
que el ministro de Dios suspenso queda.
Mirábase al villano

como ejemplar cristiano,
hombre de bien, prudente y laborioso,
marido fiel y padre cariñoso.
Deseando tener limpia la conciencia
y dar al mundo ejemplo,
iba una vez en la semana al templo;
y de la penitencia
ante el severo tribunal, los ojos
á la tierra bajando,
postrábase de hinojos,
y unos golpes de pecho se pegaba
que al corazon más duro edificaba:
á creer en hablillas,
ya tenía, merced á los porrazos,
rota media docena de costillas.
Al entrar en la iglesia,
siempre con faz devota y pasos quedos,
tomaba agua bendita;
pero no con dos dedos
como cualquier humilde cristianillo,
sino medio cuartillo

con la mano derecha,
que del rostro cayéndole á la ropa
vez hubo que le puso hecho una sopa.
Verdad es, que señales no conserva
del singular ayuno
que há largo tiempo observa,
como no lo observó prójimo alguno,
ni surcan su semblante hondas arrugas;
pero muchos vecinos
aseguran que come sólo yerba;
otros, aunque sin datos, que lechugas,
berzas y cebollinos:
quién (calumniando su virtud ignota)
supone que se atraca de bellota;
y aun hay quien, con malicia refinada,
diz que le vió roer pan de cebada;
que para inventar menguas ,
nunca en el mundo faltan malas lenguas.
Mas como no está magro,
jura toda la gente
que el bueno de Inocente

engorda sin comer; que es un milagro,
un milagro viviente
de abstinencia... que pesa doce arrobas
de las que llaman *bobas*.
El, con vagas razones,
que tiene apariciones
de santos asegura;
pero sospecha el cura,
no sin dolor profundo,
que pretende engañar á Dios y al mundo.
Saliendo del espeso bosquecillo
en que anidaban pájaros cantores,
por un prado de césped y de flores
ancho, vistoso y fresco,
llegábase á un retiro pintoresco
al pié de una montaña,
donde, entre agrestes peñas y raudales
de limpios y sonoros manantiales,
asoma de Inocente la cabaña
de secos troncos y pajiza caña.
La habitacion sencilla

en su interior parece una capilla,
en que el tio Inocente rinde culto
á unos *nenes* de bulto,
producto de sus manos pecadoras
que en ellos ocuparon muchas horas,
y de papel pintado
que pegó á la pared con pan mascado.
Un nene, segun él, es San Antonio,
alrededor del cual tienden su vuelo
un murciélago, un buho y un mochuelo,
que son las tentaciones del demonio.
Figura otro á San Roque,
abogado bendito de la peste,
con su calabazuela y palitroque;
esculpida tan mal la efigie de éste,
que, en vez de faz celeste,
el santo cara tiene de bodoque.
Allí un altar de corcho sostenia
bajo un vasillo verde, que no ardia,
de plomo una custodia
con varias torceduras,

en medio de dos ángeles de barro,
ridícula parodia
de los bellos que encantan las alturas;
pues léjos de ser guapos,
compararse pudieran á dos sapos.
Y allí... pero dejemos
la descripcion prolija
de la cabaña, y con el cura entremos
y el niño, que entró al par, de mala gana,
del párroco agarrado á la sotana.
Quien viese aquel asilo
silencioso y tranquilo
con ínfulas de ermita,
diria que la paz en él habita.
Inocente repasa en voz sonora
de rodillas las cuentas de un rosario;
recostada Melchora, aparte gime;
parece que la oprime
algun dolor agudo,
pues la pobre á menudo
ambas manos ligeras

se aplica á las caderas.
Justo será decir que el buen marido,
cuya virtud aspira á eternas palmas,
lanzando un gran bostezo
principio dió á su rezo
en cuanto vió venir al pastor de almas.
«Santos y buenos dias,» dijo el tio,
recibiéndolo afable,
y besando su mano venerable.
«¡Buenos dias! (el cura respondióle).
¿Qué tal vá, tio Inocente?

INOCENTE.

Así... tirando.

EL CURA.

¿Y Melchora?

INOCENTE.

Melchora
anda un poco maleja;

há tiempo que se queja
de cansancio y dolores;
pero por más que toma
lo que receta el sábio don Toribio,
la enfermedad no doma,
con nada encuentra alivio.»
Oyendo este discurso
que en cólera la enciende,
la *enferma* hablar pretende;
pero le pone coto
el cónyuge devoto,
mirándola algo bizco
sin que el cura lo vea,
y dándola en un brazo tal pellizco
que á la débil mujer, á quien espanta,
ahogósele la voz en la garganta.

INOCENTE.

«A los santos, por eso,
mis súplicas dirijo;
(el tio Inocente, prosiguiendo, dijo:

y añadió, dando un beso
á San Roque) en mi pena
á éste le he prometido una novena
con dos misas, cada una de seis reales:
él de Melchora curará los males.

MELCHORA.

¡Calla, bribon, taimado,
trapacero, hombre endino!
Si á los bobos hasta hoy has engañado,
habiendo al fin logrado
que comulguen con ruedas de molino,
supuesto que lo quieres
yo les diré quién eres;
sí, yo se lo diré, no me hagas muecas
para que calle, zorro,
ni retuerzas el morro,
porque ya se acabó mi sufrimiento,
y si no desembucho, aquí reviento.
Señor cura, usté sepa
que mi marido há poco,

por mor de la tia Pepa
la Chata, me pegaba como un loco,
y si no viene su mercé, me mata,
por mor, como ya he dicho, de la Chata.
Que al pelo de la ropa él no me toque,
y en los cielos en paz deje á San Roque.

EL CURA.

¿Quién es la Chata?

MELCHORA.

La hija
mayor del molinero,
que paece una lambrija
y tiene un ojo huero.

EL CURA.

¿Qué dice á todo esto el tio Inocente?

INOCENTE.

Digo que mi mujer miente y remiente.

MELCHORA.

A ella le hace regalos,
y á mí quisiera verme en cueros vivos;
á su mujer á palos
las espaldas le mide;
á esa moza le da lo que le pide,
y dia y noche pasa
con ella en el molino, que es su casa:
¿qué estás hiciendo allí?

INOCENTE.

¿Qué estoy hiciendo?
(respondió el tio Inocente, á tropezones,
sus muecas redoblando y contorsiones);
la verdá... estoy moliendo.

MELCHORA.

¡Vaya! ¡vaya! ¡qué santo!
Se acabó, lo que es hoy todo lo canto;
óigame usté su historia.

Cuando el cura defunto,
(Dios lo tenga en su gloria)
era Inocente sacristan, y el pillo
tan largo de uñas era,
que atrapaba la cera
del altar, y los cuartos del cepillo
donde las limosnitas
echaban pa las ánimas benditas.
El párraco una vez cerca apostado
lo cogió en el fregado,
y siempre desde entónces
le llamó *malun puérun*,
y algunos, por sospechas, *rapavérun*.
Como él de todo sisa,
aguaba el vino puro de la misa,
y el vino que sisaba
santamente despues se lo empinaba;
pues aunque se figuran que no bebe
muchísimas presonas...
¡Señor, coge unas monas!
Pero lo que es comer el probecito,

no le viene de casta;
para almorzar hay veces que le basta
con dos cuartos y medio de un cabrito.»
Al llegar á este punto, echando fuego
de rábia por los ojos,
como la grana rojos,
saltó el tio: «¡Melchora, que te pego!
Ya sabes que soy manso
lo mismo que un borrego;
pero ¡ay de tus costillas si me canso!»
Melchora, que desprecia
y ve con gran cachaza
la tempestad que arrecia
y el rayo que amenaza,
y que se juzga fuerte
un escudo en el párroco mirando,
declara á su marido guerra á muerte,
é intrépida prosigue de esta suerte:

MELCHORA.

«Pues ¿y cuándo jué alcalde?

Nunca justicia amenistró de balde;
y aunque son cosas á la gente ocultas
¡yo sé que se ha comido tantas multas!
Despidió al pregonero
y quitó al secretario,
lo propio que al tio Hilario
que llevaba diez años de montero,
todos unos benditos,
sin cometer delitos;
y no oyendo razones,
colocó, en su lugar, á tres bribones.
¡Dios los cria, señor, y ellos se ajuntan!
Entónces con cautelas y misterios,
hicieron yo no sé qué gatuperios
que al pronto los vecinos no barruntan,
mientras la hacienda escasa
de los cuatro crecia:
ya, al postre, no faltaba quien decia
malicioso: «A fulano
¿sabeis si se le ha muerto algun tio indiano?
¿sabeis si le cayó la lotería?»

Mas nadie sospechaba de Inocente;
¿quién sospechado hubiera?
pues aunque él robó más que cualisquiera,
¡robó tan santamente!...»
Aquí exclamó el marido, en un tonillo
entre si canta ó llora:
«¡Que te pego, Melchora!»
Y cogiendo una vara
de fresno muy flexible,
por sus palabras duras
acaso la sentára
un poco las costuras,
si el sacristan entrando
presuroso y sudando,
no hubiera dicho al cura: «¡Vengo muerto!»

EL CURA.

¿Qué sucede, Perico?

EL SACRISTAN.

Han robado la iglesia.

EL CURA.

¿Es cierto?

EL SACRISTAN.

Cierto.

EL CURA.

¿Qué falta?

EL SACRISTAN.

Una patena...

EL CURA.

Acaba pronto.

EL SACRISTAN.

Un cáliz, las mejores
vinajeras, aquellas de las flores...
y á mí me falta el juicio... ¡yo estoy tonto!

EL CURA.

No hay que afligirse, Pedro; en el garlito,
si el cielo nos ayuda,
caerá, no tengas duda,
el autor del delito.
Vamos, pues. Tia Melchora, ya hablaremos;
Inocente, hasta luego. ¡A ver qué hacemos!

INOCENTE.

Por mí, sumiso callo;
ya pué Melchora levantar el gallo,
y subiendo de tono
tirarme de las greñas,
que nido llamar suele de cigüeñas;
desde ahora la perdono,
repito que no chisto;
más sufrió por nusotros Jesucristo.»
En esta confianza
párroco y sacristan dejan la choza
y la envidiable paz que allí se goza;

mas ¡ay! que con su ausencia hubo otra danza.
Sacó unas disciplinas el marido,
de negro alambre y de cordel de azote;
y viendo la intencion del hotentote
Melchora da un chillido,
recógese las faldas
á la pared volviéndose de espaldas,
y pone por escudo
al niño, que escurrirse hasta ella pudo;
pero el tio, que tiene ímpetus locos,
apartóle de allí de un soplamocos.
Para abreviar de su venganza el plazo,
las disciplinas, bárbaro, enarbola;
mas tanto con la furia se atortola,
que al levantar el brazo
derriba de un codazo
fuerte, sonoro y seco,
el altar, que por dentro estaba hueco,
y de cajon servia ó de alacena
á vinajeras, cáliz y patena.
—«¡Ah, bribon! te cogí,» Melchora exclama.

—«¿Cómo es esto, carape?»
el rústico responde;
pero ella á todo escape,
cual toro de Jarama
que sale del encierro,
corre, y ganando un cerro,
con voces tan rabiosas llama al cura,
que por poco no arroja la asadura.
El párroco recela,
al sacristan despide
y hácia la choza vuela
unido con Melchora, que delata
al que robó sacrílego la plata.
El cual con alegria:
«¡Milagro!» repetia;
«¡Milagro!» y sin dejar el estribillo
que á los otros irrita y encocora,
se estuvo milagreando un cuarto de hora;
diciendo por contera
el milagro en cuestion, de esta manera:

INOCENTE.

Así que ustés salieron,
dije á Melchora yo: «corazon mio,
toma estas disciplinas,
y dáte un par de tandas de las finas,
con antusiasmo y brio;
mientras pido á los cielos yo, en un verbo,
con santas oraciones,
descubra los ladrones,
ó las cosas robadas á este siervo.»
Y no hubo más. En el istante mismo
vinieron de esas lomas
volando tres palomas
que en el altar de corcho se posaron;
y al decir mi mujer: «ya tengo cena»
las tres se trasformaron
en vinajeras, cáliz y patena.»
Saliendo el cura aquí de sus casillas,
caer hizo al villano de rodillas:
—Sella (le dijo) sella el lábio impuro;

séllalo, miserable fariseo;
hunde en el polvo oscuro
la torpe frente, en que grabada veo
la profunda maldad que hasta hoy cubriste
con hipócrita manto,
creyendo así engañar al cielo santo.
¡Ay de tí, si de vida
no mudas!... que ya miro
tu pobre alma perdida
bajar á los infiernos,
y en sus negras regiones
sufrir martirios bárbaros y eternos.
Dios no premia, castiga
al que en los lábios tiene
la virtud como amiga,
siendo su corazon sepulcro lleno
de vicios, de maldades y de cieno».
Melchora con el niño y el anciano
partióse, por el santo de su nombre
jurando no vivir con aquel hombre,
que prometió matarla con su mano.

Y el rústico devoto,
que no quiere el subsidio
de su industria pagar en un presidio,
mala viendo la cosa
resuelve poner piés en polvorosa,
ó *tomar* (cual tradujo
cierto escritor francés, que no era lego)
la villa de Don Diego.

Discurrid, ¡oh lectores!
el fin de este Inocente desgraciado,
(¡qué iniquidad!) cual jabalí acosado:
¿no lo acertais?... Pues renegó, señores,
y rotas ya sus religiosas trabas,
contra nosotros sirve á Muley-Abas.

1860.

GANGAS DE LA ÉPOCA.

(ÉGLOGA VENATORIA URBANA).

PRIMERA PARTE.

El bueno de Mariano,
sencillo provinciano,
jóven rico y juicioso, al par que apuesto,
de una ciudad del Norte
vino en cierta ocasion á ver la córte;
y como nada aquí que hacer tenía,
andaba de jolgorio noche y dia.
Una hermosa mañana
se dirigió á la Fuente Castellana,
en hora en que no acude á la tal Fuente
bicho ni alma viviente,

excepto algun cesante alicaído
de barba sucia y rústica melena:
mas los cesantes son almas en pena.
Cambióse la mañana (era de Enero);
y de sus cumbres Guadarrama aleve,
ya que no lluvia ó nieve,
con su soplo sutil, crudo y certero
que endurece los barros,
mandaba pulmonías y catarros
que en apurados trances
ponen al que lo reta por capricho:
consecuencia: el paseo susodicho,
la verdad, ofrecia pocos lances.
El mismo pensamiento
debió ocurrir á nuestro amigo, cuando
sobre los piés girando
tornó la cara al sol, la espalda al viento,
y encaminóse hácia Madrid silbando.
Mas héte que á la vuelta,
con un placer que se asemeja al susto,
una muchacha vió de ojos de cielo,

rubia, gallarda, esbelta,
en fin, cosa de gusto,
barriendo el santo suelo
con profusion de seda y terciopelo;
y al verla, sin saber si es ó no fátua,
de admiracion quedóse hecho una estátua.
Murillo, Rafael, insigne Apéles,
Canova, Miguel Angel, Praxitéles,
vuestros cuadros y mármoles divinos
no valen tres cominos;
para Mariano sois unos peleles.
Vénus encantadora
saliendo de la espuma en mar tranquilo
que la levanta en vilo;
Diana, la cazadora,
cruzando de los bosques la maleza,
digna rival de Vénus en belleza;
las hadas de los cuentos orientales,
y la primera y última heroína
de las novelas todas que, á quintales,
suda la imprenta en la nacion vecina,

comparadas con ella en hermosura
damas le parecian de estropajo,
y áun alguna un demonio, un espantajo.
De cien mil perfecciones
su entusiasmo la dota,
y discurre, y agota,
y vuelve á imaginar comparaciones;
pero es aquella un tipo sin segundo,
y nada hay en el mundo
que le llegue siquiera á los talones.
«Cuando cante, si canta,
ó cuando hable (le dice su deseo),
su voz será un gorjeo,
una orquesta divina su garganta:
si danza, danzará como una pluma
que agita el aire blando,
será una flor danzando,
será... ella misma, en suma.
Y en su trato ¡qué afable y cariñosa!
Pura desde la pila del bautismo,
no tendrá su alma un átomo de prosa,

ni un átomo de vil positivismo.»
La acalorada mente
un porvenir prométele risueño;
contémplase ya dueño
de la preciosa jóven inocente,
á cuyos piés rendia el alma esclava
y que sus dulces sueños realizaba.
Y tanto adelantó su fantasía,
que ya creyendo á poco
arrebatarla un beso, de amor loco,
el bendito de Dios se relamia.
Y más y más castillos
la propia mente fabricando, padre
(cuádrele ó no le cuadre)
lo hacía de una turba de chiquillos;
y ya con éste juega á la pelota,
y echa á rodar el aro;
con aquel vá á la escuela;
uno, le enseña la camisà rota;
otro, á llorar á gritos se las pela:
estos cuadros futuros

le proporcionan goces prematuros;
y como cada vez más se distrae,
la baba, sin sentirlo, se le cae.
Siguióla, pues, la pista,
y discurriendo idilio sobre idilio,
y planes sobre planes de conquista,
Mariano averiguó su domicilio;
y averiguó que se llamaba Rosa
la blanca aparicion apetitosa;
que su señor papá (que en paz descanse)
fué un hombre muy decente
(¡como que fué intendente!);
y su mamá, aquel Argos
que vió de tiros largos
acompañando á la gentil doncella
cuyo recuerdo fiel le hace cosquillas,
es persona de muchas campanillas.
Entró en la casa luego,
y aunque al principio torpe cual maruso,
pues Amor le tenía tonto y ciego,
sítio á la chica puso,

y su tren de batir arrojó fuego;
pero Rosa, á rendirse no dispuesta,
dábale la callada por respuesta;
hasta que al fin los bravos campeones
contrajeron estrechas relaciones.
  Algo despues, no mucho, de este prólogo,
para sí recitaba el pobre chico
el siguiente monólogo:
«¡Soy un alma de Dios; soy un borrico!
Yo, que la hubiera puesto
debajo de un fanal, ó con dos velas
en camarin honesto,
ó encima de un altar, como una cosa
adorable, sagrada y misteriosa,
ya la ódio, la detesto;
ya rompo mis fantásticos fanales...
¡allí no hay más que instintos animales!
  »¡Señor! ¿Si habré tenido
una venda en los ojos
y un copo de algodon en cada oido,
para no ver ni oir lo que hoy produce

mis querellas y enojos?
»Nidos pensé que habria en su garganta
de ruiseñores dulces y parleros,
mas no hay tales carneros:
al hablar, no grajea,
no confites su voz, ni yemas vierte;
parece que apedrea;
cuando ayer sin pasion la escuché en calma
se me cayó á los piés, de pena, el alma.
Viendo que muchos tontos con cien *bravos*
acogen sus horribles *galli-pavos*
en *soirées* ó nocturnas reuniones,
canta sin fin, de vanidad convulsa;
y si á las teclas llega, no las pulsa,
les dá de bofetones;
como si les jurase eterna saña,
furiosa las araña.
Un periódico luego,
con descaro inaudito,
dice que todo estuvo muy bonito,
que Rosita cantó... como ella sola,

y de uno en otro, así, rueda la bola.
»Que sepa una muchacha turco y griego
no es crímen, y áun es cosa muy laudable;
pero que, á todas horas, hable y hable
(mientras á olvido el español relega)
en extranjero idioma
hasta á la torpe fámula manchega,
que se queda en ayunas,
merece de la sátira el azote,
sin que el sexo le sirva de reparo;
yo á quien tal haga ó piense la declaro
tonta de capirote.
»Rosa aprendió francés, y la enamora
á tal punto, que piensa, y come, y viste,
y del altar al pié, que es lo más triste,
á Dios, en francés, ora:
la niña se figura de mal tono
hasta su excelso trono
subir en alas de oracion sencilla,
compuesta en el idioma de Castilla,
el cual, segun mi abuelo,

es el único que hablan en el cielo.
»Como de artista y génio se las echa,
con la solfa el pincel temible turna,
y lienzos embadurna,
quedando siempre alegre y satisfecha.
Aquí, pega un brochazo,
allá, un chafarrinazo;
ya traza un edificio
que aflige al que lo entiende;
ya, de entusiasmo llena y de coraje,
intrépida la emprende
en pos con el paisaje;
y de naturaleza
ultraja de tal modo la belleza,
que, en vez de convidar á disfrutarla
aquel conjunto frio, insulso, muerto,
dá ganas de vivir en un desierto.
»Si á cualquiera retrata,
no se anda con escrúpulos de monja,
la Verdad acuchilla, insulta y mata;
pero siempre en acecho, la Lisonja,

original y copia comparando:
«¡Él es (dice asombrada) si está hablando!»
»¡Oh! si hablára, y tan bello su lenguaje
fuera como el retrato de agua-chirle,
habria que marcharse por no oirle.
»Porque su educacion Rosa complete
la mamá se desvela;
quiere que manejar sepa el florete;
ya tira la pistola,
y monta *á la alta escuela,*
y, cual buena española,
todas las noches al Real concurre,
y se entusiasma con placer extraño,
y *dos veces al año*
en el desierto *Príncipe* se aburre;
y no falta á los toros,
ni (aunque tenga ya tísico el peculio),
nuestras bellas montañas
con elegancia desdeñando, en Julio
á naciones extrañas
deja de dar, por nada, un mal vistazo,

para venir, despues de quince dias,
á decir de nosotros perrerías,
con aquella lindeza
de que *El Africa empieza...*
»Mi corazon de niño
buscaba un corazon tierno y sensible,
tesoro de virtud y de cariño,
buscaba un ideal, un imposible;
mas tambien, lo confieso,
no habiéndolo encontrado,
se hubiese contentado
con cualquiera mujer de carne y hueso,
aplicada, hacendosa,
fiel, sencilla y casera,
para emprender la conyugal carrera;
¡pero si la tal Rosa
(que sólo el viento del orgullo mece)
ni siente, ni padece!
¡Cuánta, en este bendito
Madrid, con sólo su aire y su palmito,
colgándose un guiñapo

es capaz de pegársela al más guapo!
»Antes de conocerla
á fondo, como ahora,
llamábala yo perla
de Oriente encantadora,
vírgen de ojos azules,
lucero de mis noches;
y ella siempre de cintas y de tules,
de yeguas y de coches,
de trajes, aderezos y modistas,
de *buffets* suculentos
me hablaba, y de las fáciles conquistas
que tales elementos
proporcionan á muchas,
que serán, de seguro, buenas truchas.
»Mi elocuencia amorosa
á lo mejor cortaba (distraída,
quizá, mi linda Rosa)
con sus eternos *treses*,
flotante, *diferida*,
dividendos, *acciones*,

láminas, intereses,
cotizacion, cupones,
y otras palabras cien y locuciones
de la bursátil jerigonza oscura,
que hoy toda criatura
(no afirmaré que ladre)
habla ya desde el vientre de su madre.
»La suya, con sentencias y consejos,
clarísimos espejos
de la codicia vil, del ánsia de oro
que la devora y la consume, borra
en su único tesoro,
en la hija que salió de sus entrañas,
toda noble pasion é impulso noble,
y en duro mármol la convierte, ó roble.
»¿Qué candorosa chica
al cabo no claudica,
oyendo repetir eternamente
la coleccion de máximas siguiente?
—«*Hombre sin cuartos y mujer sin galas*
son pájaros sin álas.

—Más sustancia dan cuatro cañamones,
que veinte mil quinientas ilusiones.
—Aténgome á la prueba,
que el viento plumas y palabras lleva.
—El que tiene dineros,
como dice el refran, *pinta panderos.*
—Aquel que no trae soga,
de sed, otro refran, diz que *se ahoga.*
—El amor pasa pronto,
más dura un rigodon, un wals, un tango;
el mundo es un fandango,
quien no lo baila, un tonto.
—Se acaban los amores,
y quedan los dolores.
—En casa rica ó llena
pronto se hace la cena;
en la que no hay harina,
anda todo al revés, todo es mohina.
—¿Quién dice que los hombres son iguales?
Mentira; tanto tienes, tanto vales.»—

»Con esta educacion, que yo abomino,

pues en plazos más cortos ó más largos
frutos produce insípidos y amargos,
la mamá, palomino
atontado, cabeza sin aplomo,
entendimiento romo,
pero que tiene y guarda
su gramática parda
que le sirve de norte y de gobierno
para cazar un yerno
buen mozo, de riqueza y casa grandes,
presume que una pica pone en Flandes.
Y como es tan lechuza,
no saliéndole un novio á la doncella
como se pinta en sus ensueños ella,
capaz es de entregarla al moro Muza,
si es hombre (de años verdes ó maduros)
que no se deje ahorcar por cien mil duros.
¡Pobre del que se clave en el anzuelo
y tenga que cargar con el mochuelo,
creyéndolo una pesca de importancia!
Lo que es yo, no le arriendo la ganancia.

»Ya conociendo la mamá-culebra
la frialdad con que mi amor se exhibe,
mis visitas, como ántes, no celebra,
y me ha echado tres veces el *quién vive*,
así exclamando en tono de chorlito:
—¿Viene usted con buen fin, caballerito?...
—¡Señora... usted me ofende!...
—Perdone usted, Mariano...
—¡Qué prisa!
—¡No es en vano!
Usted sabe muy bien que la pretende
el marqués del Jilguero...
—Un venerable anciano.
—Es hombre que venero,
y para mí, sin duda, venerable:
por lo demás, su edad es aceptable;
áun lo hallo fresco...
—Sí, con la frescura
del que está con el pié en la sepultura.
—Pues yo, fuera de varias cicatrices,
efectos de guerreros rifi-rafes;

de que es un poco sordo;
de que tiene comidas las narices,
y en fin, de que pudiera estar más gordo...
—¡Señora, si está lleno de alifafes!
—Bien ¿y qué?.. Yo esas cosas equilibro
con su cuna y sus prendas; ¡es gran hombre!
¡Con decir que su nombre
figura dignamente en el Gran Libro,
y que tiene en el Banco de Inglaterra
al pié de dos millones!...
¡Mariano, ya usted vé, todos los dias
no salen tan bonitas proporciones!
—Señora, hablando en plata,
eso es lo mismo que decir que estorbo.
—No, señor; pero tanto se dilata
la explicacion veraz de sus proyectos...
—¡Por el cólera-morbo!
Mi honra, mi...
—No se apure,
tranquilícese usted, su honra no mancho,
y sentiré en el alma se figure

que pretendo con maña echarle el gancho.
Pero como soy madre, le repito:
¿Viene usted con buen fin, caballerito?
—Sí (la voy á decir; ya estoy quemado):
vengo con fin honrado;
la muchacha me gusta
como al raton el queso,
y con ella contraigo matrimonio,
aunque rabie el demonio...
cuando ella tenga corazon y seso.»

Aquí de su monólogo llegaba
Mariano, cuando el sueño lentamente
posándose en su frente,
los párpados, ya flojos, le entornaba.
Y yo, lector prudente,
para que más paciencia,
sufriéndome, y más tiempo no derroches,
voyme á dormir tambien con tu licencia,
pues al remate de mi historia toco:

¡vaya, adios, buenas noches,
salud, y divertirse, y gastar poco!
¡Ah! Sabe que la madre de Rosita,
con red oculta y con reclamo artero
cazó al pobre Jilguero,
cuya sangre infeliz ya tiene frita;
que él á la jóven desposada abruma
con su amor trasnochado, que la apesta
más que sus toses, flatos y reúma;
y en fin que, cual vampiros ó alimañas,
hija y madre le chupan las entrañas
con ligereza suma:
¡pronto el Jilguero quedará sin pluma!

1863.

SEGUNDA PARTE (1).

Entre tantos jilgueros
que, con picos parleros,
de rústica armonía
llenaban el Retiro cierto dia,
uno sólo, infeliz, mal afeitado,
con súcio tapabocas de á seis reales,
sombrero apabullado
cuya moda no habrá quien hoy recuerde,
y capa con señales
de que no son las capas inmortales
y de que todo, al fin, se gasta ó pierde,
lo mismo que las botas

---

(1) Esta parte es inédita.

por la suela, el tacon y el corte rotas,
la superficie contemplando verde
(cual si tomase el fresco)
del *Estanque chinesco*,
murmuraba miserias de la vida
con gestos y mirar de suicida.
«¡Ay de mí! ¿Quién dijera,
tres años há, que Rosa,
aquella flor galana y olorosa,
tanta espina tuviera?
¡Y que no me resuelva yo á eximirme
de la pasion brutal que me domina,
cuando sintiendo el alma está la espina!
Sí, voy á zambullirme
en el agua corrupta del estanque;
ya la copa he bebido hasta las heces;
un valeroso arranque,
y acaban mis dolores,
y me engullen los peces
que al sol muestran, saltando, sus colores.
»Llámame mi consorte viejo fútil,

mómia que inspira horror, marido inútil,
cruz de su matrimonio
y falso testimonio
que levantó la fama á su albedrio,
pues nunca libremente
hubiera rebajádose á tal ente,
á tan absurdo tio:
¡este consuelo ofrece á mi abandono!
¿Acaso es culpa mia, ni yo abono
el flato que me aqueja?
¿Puedo yo reparar los desperfectos
de esta máquina vieja,
de esta armazon huesosa,
ni dar á los afectos
en que mi pecho asmático rebosa,
el fuego aquel y varonil encanto
que gusta á las mujeres tanto y tanto?...
¿No juró de soltera, por su vida,
que mi nariz comida
y la color del rostro, yerta y lácia,
le hacian suma gracia?

¿No hallaba en mi cabeza,
huérfana de pelambre,
(¡Señor, lo que es el hambre!)
respetabilidad, *esprit*, nobleza?...
¿Pues cómo goza dura
de este anciano en la negra desventura?
—«*¿Cómo?*» (la estoy oyendo);
«*¿Cómo?*» (dirá) «*comiendo.*»—
¡Tan vil es el lenguaje
que escucho en mi abyeccion y vasallaje!
»Casas y coches, *treses* y cortijos,
y otros bienes prolijos
que formaban mi enorme patrimonio,
se los llevó el demonio:
¡y aun hija y madre, á ratos,
me preguntan con cínica insolencia,
¿por qué mentí opulencia,
siendo, no más, un triste pelagatos?
»¡Yo me tiro al estanque! ¡Ya me gozo
en mi última agonía!
¡Ya el agua, túrbia y fría,

penetra por mi boca á borbotones!
Con júbilo feroz, de ella me apipo;
me descoyunta el hipo;
soy todo contorsiones;
buscan los dedos gafos donde asirse,
y entre ellos siento el líquido escurrirse;
turba mis ojos funeraria nube,
y ya invasora sube
la hinchazon por el pecho y me estrangula;
no me salva la bula...
¡Se acabó!... ¡me asfixié! mi cuerpo flota
cual ligera pelota
sobre el húmedo abismo...
¡Y gorjean los pájaros lo mismo
que siempre, del follaje en lo profundo!
Haya un cadáver más ¿qué importa al mundo?»
Discurso tal arranca
el delirio al marqués, pues pierde el seso;
fatigado en esceso,
aun quiere hablar, pero su voz se atranca;
desnúdase de tocas,

es decir, de la capa y tapabocas:
y tomando carrera,
para salvar de un brinco la barrera
que se opone á su intento,
estas solas palabras echa al viento:
«Concluya la partida:
¡una!... ¡dos!... ¡á las tres vá la vencida!»
Y con arrojo sumo,
á realizar se apresta la del humo,
corriendo ya, sin pizca de ilusiones,
como si álas llevase en los talones,
cuando un amigo suyo, malagueño,
á pocos pasos grítale risueño:
—«¡Qué ocurrensia! ¡qué grasia!
¿Aprende uzté gimnasia?
Conviene el ejersisio,
marqués, pero no tanto
que le zaque de quisio
la zalú, y ze lo lleve al Campozanto.
¡Bah! levante la ropa
y deje zu manía;

¿qué trizte no zería
zacarlo del eztanque hecho una zopa?
—¡Es verdad!
—Puez conose zu locura,
obedesca y chiton.
—¡Ay, Jarabillo,
mi mal no tiene cura!
—¿Nó?... tendrá monaguillo.
—¡Dichoso usted, que á broma
hasta lo sério de la vida toma!
—¿De reir no dá gana,
que intente un hombre convertirze en rana?
—Yo no soy hombre ya, soy un compendio
de miserias!
—¿Y qué? ¿Y ezo le crizpa?...
Zi uzté, amiguito, ez chizpa,
otroz zon el insendio.
Otroz tienen, y en grande, el monopolio
del dolor: zi *en octavo* hase *el rezúmen*,
(y lo ez uzté) un volúmen,
elloz zon la obra entera, la obra en fólio.

—¡Buen consuelo de tripas!
—¿Buen conzuelo?
Zaque usté loz que tiene almasenados
y juro, por el sielo,
que le han de bendesir loz dezgrasiados.
¡Eh! renunsie á zu eztúpida tragedia,
indigna de un criztiano y hombre grave.
—¡Ay, Jarabillo amado, usted no sabe
de la misa á la media!»
Y aquí tose de un modo lastiméro
el marqués del Jilguero,
á quien no hay cosa ya que no constipe.
—«Si este catarro crudo, si esta gripe,
y este... todo (prosigue enronquecido)
contar las penas mias me dejáran,
los mármoles más duros se ablandáran.
—Lo veo algo difísil; cabalmente
(observa Jarabillo, con risita)
no hay mármol por aquí; pero corriente,
ya que uzté dezahogarze nesesita,
el catarro aliviemoz,

yo zé lo que lo aplaca:
¿quiere uzté que tomemoz...
—El qué?...
—Leche de vaca.
—¡Si la hubiese de burra!
—No evazivaz dizcurra.
—En fin, quizá un cuartillo...
—Andando, puez,—repone Jarabillo.»
En la casa de vacas, entre un sorbo
y otro, de leche dulce y espumosa,
cuenta lo que el lector sabe de Rosa,
el marqués, jadeante,
á su meditabundo acompañante,
que le oye con paciencia:
así que hubo acabado,
—Marquéz, en el pecado
(exclama) lleva uzté la penitensia.
—Yo no he pecado en nada.
—Nó? ¿Quién mete
un ansiano á cadete?
¿Cuándo ze apagó el fuego de una frágua

con una gota de agua ?
Porque frágua ez el pecho de una mosa
que juventú, bellesa y bríoz gosa.
¿Ni qué leona hambrienta,
con un huezo pelado ze contenta?
Que un memo lo prezuma... ¡Vamoz! paze;
pero que un hombre como uzté, dizcreto,
con pretenzion rizible jaleaze
el endeble ezqueleto,
detráz de una muchacha
que, del veztido con el aire zólo,
(y no ha de zer el aire muy manolo)
zi quiere, al otro mundo le dezpacha;
ezto, perdonemé, no ze consibe;
de milagro uzté vive.
—¿He obrado torpemente?
confesaré mi yerro:
mas, ¿quita lo cortés á lo valiente?
En vez de darme un trato horrible, perro,
¿no ha podido esa fiera,
tratarme bien, por compasion siquiera?

—¿Quién lo duda?
—Yo un dia,
estando mi riqueza ya en sus fines,
dije á Rosa: «Hija mia,
»me tienes que zurcir los calcetines.»
—Y ella, ¿qué rezpondió?
—«No me rebajo;
»nunca, gracias á Dios, cosí un zancajo;
»oficios tan.. así.. tan.. pues! son buenos
»para gente de poco más ó ménos.»
Enfermo, y pido un caldo; mi voz flaca
un ataque de nérvios la ocasiona:
—«¡Vamos, está de humor el viejo chusco!
»Busque usted (me contesta) una fregona
»que, pegada al fogon como un molusco,
»se pase el dia entero
»esclava del puchero,
»y el cútis suave se le vuelva lija
»á fuerza de fregar cada vasija;
»que yo mi blanca mano
»para el pincel reservo y el piano,

»rindiendo á los dos párias,
»cual otras á las artes culinarias.»
—¡Oh, Jilguero infelís!
—Sé que taladro
el corazon de usted, mi dulce amigo.
—Proziga uzté.
—Prosigo:
una vez, delirante, cojo un cuadro
original de Rosa,
(que ella siempre ha tenido por gran cosa)
pensando que el producto
de obra tan estupenda,
por muy mal que se venda,
ó ha de subir á cinco, á seis mil pesos,
ó los marchantes son unos camuesos.
Jarabillo, corrí de punta á punta
la poblacion, corríla por ensalmo,
(no miento) con un palmo
de lengua fuera de la boca, y, muerto,
de mi chiribitil torné al desierto.
—¿Y el cuadro?

—Uno habia dicho
con punzante ironía,
sin mirarlo siquiera:
«¡Qué lindo! en un apuro, bien podria
»servir para tapar una gatera.»
Otro, con ironía más profunda,
soltó un elogio-tunda,
diciendo: «¡Es acabado!
»¡Qué perspectiva y árboles y ambiente!
»¡qué color de paisaje!... propiamente
»no parece, sino que lo han pintado.»
Un caballero, en fin, caritativo,
segun pública fama,
y en cuyo rostro al vivo
se vé de compasion la dulce llama,
enterándose á fondo de mis males,
me ofreció por el cuadro... ¡siete reales!
—¡Fué una barbaridá!
—Cierta señora
buscaba profesora
de pintura y de canto

para sus hijas... pues, señor, me planto
en su casa corriendo,
y á Rosa, que lo ignora, recomiendo.
«¿Está usted en su juicio?
»(la señora contesta,
»con la faz descompuesta,
»sin saber que la jóven elogiada
»conmigo está casada).
»¿Por dónde se figura
»(prosigue) esa mujer, que de pintura
»y de música entiende,
»cuando en las reuniones
»á que ella concurria, hará un trienio,
»sólo cuatro burlones
»en decir se empeñaban que era un génio?»
Entónces, bondadoso Jarabillo,
lo estéril conocí de la enseñanza
mujeril que en la córte está en usanza,
y con la cual, aprovechando un pronto,
la mozuela más tonta, pesca un tonto.»
De hablar el marqués deja;

resignacion el otro le aconseja,
buen remedio, al alcance
(ya despues de comido, ya en ayunas),
de todas las fortunas
en cualquier negro trance;
pero al que apelan pocos
por débiles, por nécios ó por locos;
y guerra declarando á las mujeres,
cada cual se retira á sus quehaceres.

En su casa el marqués entra difunto;
su fealdad sublime llega á un punto,
que hasta hermoso, á su lado,
pareciera quizá un desenterrado;
y, sin embargo, Rosa
lo estruja contra el pecho cariñosa,
y con amante esceso,
¡horror! le estampa en la mejilla un beso,
delante de Ricardo,
rubio doncel gallardo,
á quien Rosa profesa
una amistad profunda... algo francesa,

y que en la casa, creo,
es una especie... así... de Cirineo.
—«El corazon (prorumpe) se me parte,
¡oh dueño idolatrado de mi vida!
Perdona, esposo, mi esquivez fingida;
he querido probarte,
y ver si tu firmeza
era ó no superior á mi aspereza,
pues en otros jardines recelaba
que mi Jilguero (¡nécia!) ya cantaba!»
Y antes que se recobre
de su asombro el marqués, cerrando el pico
le dá de Puerto Rico
una carta sin sobre;
en cuya carta él vé que un su pariente
estando en la agonía,
ó cerca, á su favor testado habia,
dejándole una herencia muy decente.
—¿Lo vés? (le dice Rosa) el cielo premia
tu virtud!—
Y él responde:—El premio admito,

pero pienso gozarlo yo solito.
—¡Cómo!
—¿Cómo?... Comiendo,
y será lo mejor, á lo que entiendo,
aunque con voz me digas, tentadora,
que mi nariz comida te enamora,
y te hace suma gracia
la color de mi rostro, yerta y lácia.
¿No has trucado, bien mio?... Yo retruco,
y con mucho salero.
—Eres vil y cobarde.
—¡Quiá! soy cuco;
y es el cuco más cuco que el Jilguero.»
Así el marqués hablando, toma el tole;
súbito su persona reverdece,
y anda con aire boleril... parece
que vá á bailar el *ole*;
tanto, que en la escalera, un tal Clavijo,
persona de confianza,
asi en tono de chanza
«¡Viva lo bueno!» con placer le dijo.

Mírense las doncellas y doncellos
en este matrimonio,
á ménos que no quieran ellas y ellos
dar que hacer al demonio;
y que sin caridad, la mejor noche,
trás años de consorcio nada bellos,
se los lleve... y no en coche.

1867.

EPÍGRAMAS.

EPÍGRAMAS.

1.

El avaro Pedro Araña
perdió un hijo militar;
llóralo á la faz de España,
pero por más que oro apaña
luto no quiere comprar.
Y aun hipócrita y astuto,
á todo el que, con razon,
le recuerda aquel tributo,
suele responder:—Yo el luto
lo llevo en el corazon.

2.

De embajador vá Marcial
á regiones apartadas,
y por Dios, no lo hará mal,
pues no conoce rival
en materia de embajadas.

3.

A Lenguada (hombre profundo,
segun él) en un café
preguntó un dia José:
—¿Cuántas partes tiene el mundo?
¿A que no lo sabe usté?
—¿A que sí? (dijo Lenguada,
con presuncion rematada):
aire, tierra, mar y fuego.—
Y José repuso luego,
sin detenerse:—Y cebada.

4.

Jugando á la banca, Anton

dobló un caballo en el *gallo*;
dijo:—*Entrés!*—y don Simon
exclamó:—Yo soy caballo;—
y le sobraba razon.

5.

Queriendo vagar un dia,
Hierros, poeta novel,
fué á visitar á Miguel,
crítico atroz de alma fria,
que, por tinta, gasta hiel.
—¿A qué debo tanto honor?—
dijo éste, y repuso Hierros:
—Ví el tiempo tan seductor,
que me dije: «pues señor,
voy á echar la tarde á perros».

6.

De un solemne bofeton
satisfaccion pide Estrada,
y se la dá Meliton

con una buena estocada...
¡No es mala satisfaccion!

7.

—¡Fuego! ¡fuego! ¡fuego!—brama
Navarro, viejo impaciente,
que, constipado en la cama,
cuando una cosa reclama
jamás lentitud consiente.
Corre, creyéndolo frito,
la familia de Navarro;
mas vé, con gozo infinito,
que lo que pide el maldito
es fuego... para el cigarro.

8.

Tomándolo casi, Abdon
un beso pide á Consuelo,
y ella cede á su pasion,
pues le dá, de un bofeton,
á besar... el santo suelo.

9.

Describiendo bailes dados,
hoy refiere *La Verdad*
que la señora de Estrados
recibe á los convidados
con mucha amabilidad.
Lo sospeché, francamente;
que, aunque impulsos levantiscos
dicen que esa dama siente,
¿ha de obsequiar á la gente
con trancazos y mordiscos?

10.. (*)

De noche, en diciembre, y tarde,
retirándose á su casa
un chusco, amigo de guasa,
llamó en la de un tal Velarde
dispuesto á dormir sin tasa.
—¿Qué hay?—dijo en són de reproche

(*) El pensamiento de este epígrama está tomado de un *suceddo* que el vulgo refiere. (*N. del A.*)

éste, ya en el balcon frio;
y aquel:—Nada, señor mio;
pase usted muy buena noche
y guárdese del rocío.

11.

A los pies de un mal autor
echaron coronas tres;
fué justicia, no favor,
pues la obra, que hace furor,
está escrita con los pies.

12.

Doña Tecla, la de Yecla,
es Tecla muy singular.
—Por qué?—Porque es una tecla
que no se deja tocar.

13.

Andrés, cuyo lujo espanta,
es tipo de cortesanos,

pero sobre todo encanta
la pulcritud de sus manos.
Y esto es lo raro en Andrés,
pues te dirá, si á él te acercas,
que tan sólo tiene al mes
dos onzas... y manos puercas.

14.

Ya á favor de Rosa arguyo,
mentí, no es tacaña Rosa;
es mujer tan generosa
que no tiene nada suyo.

15.

El mastuerzo de Canuto
un hijo tiene estudiante;
él dice que es un diamante,
y añaden otros: *en bruto.*

16.

Un hombre de gran descaro

amenazó á otro sugeto
con revelar un secreto,
diciendo:—Yo soy muy claro.—
Y no mintió, por mi cuenta,
pues, aunque alguno se asombre,
está de ayunar el hombre
que todo se trasparenta.

17.

Dijo á Pepe un tal Rodajas,
lamentando sus lacérias:
—¿Quiere salir de miserias?
Pues no se duerma en las pajas.
—¡Oh, será mi dicha suma!
(respondió al punto José):
señor, regáleme usté
unos colchones de pluma.

18.

—¿Sabe usted, doña Narcisa,
lo que dice Lúcas Huerta?

Que por él está usted muerta.
—Sí señor, muerta... de risa.

19.

—¡*Ay!* ¡*Ay!*—repitió Garay
en sus instantes postreros,
y alegres los herederos
dijeron:—¡Ha dicho que hay!—
Y era verdad, pues sin dolo,
y con testamento en mano,
así exclamó el escribano:
—Hay... pero deudas tan sólo.

20.

Despidiéndose Bautista,
dijo á Fernandez Lamego:
—¡Vaya, *adios*, hasta la vista!—
y Fernandez era ciego.

21.

Mosca me llama Verdejo,

que está del vicio lacrado,
porque, cual mosca pesado,
vida mejor le aconsejo.
Mas he de ver si le halaga,
que una vez, con cara fosca,
le diga:—Si yo *la mosca*,
Verdejo, tú eres *la llaga*.

22.

Aceptando una cartera,
el político Solís
jura que hace un sacrificio;
y es verdad... el del país.

23.

Por casar á Irene pronto
con Fabio, doña Esperanza
de él la dijo en alabanza:
—No tiene pelo de tonto.—
Mas como ya ostenta Fabio
gran calva, respondió Irene:

—Pelo de tonto no tiene,
pero tampoco de sábio.

24.

Con sus obras detestables,
hace Blas gemir las prensas;
no es lo malo que ellas giman,
sino que giman *las letras.*

25.

Al bajar Inés de un coche,
¡cielo santo, lo que ví!...
Pero eres, lector, curioso
y no te lo he de decir.

26.

Juan el pedante, al SIMPLON,
(que de España está lejano)
en cuanto empiece el verano
vá á hacer una espedicion.
Yo su voluntad respeto,

pero le diria así:
—Juan, házla dentro de tí,
y conseguirás tu objeto.

27.

De honrada cuna y brillante
que desciende jura Blas,
aristócrata tunante:
cierto, desciende bastante,
no puede descender más.

28.

Que esté raso ú enemiga
tormenta furiosa estalle,
ha de ir Lola por la calle
enseñando hasta la liga.
De salud quiere hacer gala,
y, en efecto, la morena
tiene una pierna muy buena...
el doctor dice que mala.

29.

Un chato muy presumido
llamó á un hombre *narizotas*,
y éste dijo:—¡Ya quisieras
tener las que á mí me sobran!

30.

Un envidioso murió,
pero en su nicho, despierto,
el saber que estaba muerto
no fué lo que más sintió.
Tampoco, si mal no arguyo,
fué su agujero mezquino,
sino el ver que el del vecino
era más ancho que el suyo.

31.

—¡Anda con Dios, *vida mia!*—
dijo un viejo á Lola bella;
y estaba que se moria
el pobre, por causa de ella.

32.

Sabe que paño le quita
el sastre Félix Montaño,
y con todo le dá paño
Fraga, para una levita.
—¡Qué tonto (dirán) es Fraga!—
y yo respondo:—¡Qué tuno!
pues si paño *sisa* el uno,
el otro hechuras *no paga.*

33.

Olivenza (Don Cenon)
que por ser visto y medrar
renegó, siendo un pelgar,
obtuvo una posicion.
Y tan alta, que Olivenza
en breve fué, por sus artes,
visto desde todas partes...
como su poca vergüenza.

34.

Juan dijo al hortera Anton
que acababa de extender
el *debe* con *el haber:*
—Suma, y el líquido pon.—
Y creyendo obrar con tino,
puso Anton, no sin deleite:
—Dos grandes zafras de aceite
y diez arrobas de vino.

35.

Con las obras que á destajo
dá cierto mozo á la prensa,
á su gloria erijir piensa
un pedestal, y no bajo.
Oiga la pura verdad
y téngala en la memoria:
no lo erije, no, á su gloria,
lo erije á su necedad.

36.

Dijo á un astur Nicolás,
viendo cuánto resistia
jugar á la loteria:
—Pon, tontu, que cogerás.—
No fueron anuncios vanos,
pues, aunque el astur perdió,
de la rábia que le dió
cogió... el cielo con las manos.

37.

Blas, con ojos de malicia,
un cartel mirando estaba
que un libro nuevo anunciaba
titulado *La Justicia.*
Leyólo, y no dijo amén;
pero al ver: *Se vende aquí,*
torciendo el gesto, habló así:
—Y en otras partes tambien.

38.

Ahora acabo de saber
que en los thés que dá Sarasa,
hace su linda mujer
los honores de la casa.
Aunque la nueva me place,
mi gozo será mayor
si quien los honores hace
consigue hacer el honor.

39.

Hoy, trás un año corrido
sin verlo en parte ninguna,
á Paredes las de Muna
dijeron:—¡Hola, perdido!—
Á cuya frase Paredes,
por causa igual, á su vez,
respondió con sencillez:
—Las perdidas son ustedes.

40.

Dijo Zarasas prudente:
—Si algun dia busco esposa,
he de buscarla juiciosa,
y *casera* especialmente.—
Y en efecto, el buen Zarasas
á poco halló compañera
en una mujer casera,
es decir, *que tiene casas.*

41.

A Juana, que es un carton
bien algodonado á trechos,
dice Evaristo Morquechos
que de pechos vió al balcon:
no diga: «la ví *de pechos,*»
sino: «la ví *de algodon.*»

FIN.

ÍNDICE.

Págs.

PRÓLOGO. V

IDILIOS Y ÉGLOGAS.

Otra Edad de Oro. 25
Pastores al natural. 39
Los Mayorazgos. 67
Percances de la vida. 85
Detrás de la cruz el diablo. 107
Gangas de la época. 133

EPÍGRAMAS.

Epígramas. 173

OBRAS DEL AUTOR.

	Reales.
ELEGIAS, 1 vol., edicion elegante, con un precioso retrato.	8
ARMONIAS Y CANTARES, 1 vol., edicion igual á la de LA ARCADIA MODERNA.	8
INSPIRACIONES, 1 vol., igual al de LA ARCADIA MODERNA, edicion elzeviriana con un retrato del autor, grabado en acero. . . .	10
PROVERBIOS EJEMPLARES, 1.ª y 2.ª séries. Cuadros y novelas de costumbres, 2 vols. .	20
EL MUNDO AL REVÉS, edicion ilustrada con abundancia de grabados, 2 grandes vols. .	36
LIMONES ÁGRIOS. Novelas, cuentos, cuadros de costumbres. 1 vol.	14

EN PRENSA.

PROVERBIOS EJEMPLARES. Está en prensa la 3.ª y última série.	10

Se venden en las principales librerías. Las ELEGIAS, las INSPIRACIONES y LA ARCADIA MODERNA, pueden adquirirse tambien por las personas de provincias, haciendo el pedido directamente al autor, calle del Cármen, núm. 42, cuarto tercero, con la circunstancia precisa de incluir el importe en sellos de correos ó en libranzas del Giro mútuo, sin cuyo requisito no se servirá.

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.